Antonio González Paz s.m.

ESCORZOS DE UNA VIDA

Guillermo José Chaminade

ESPIRITUALIDAD MARIANISTA 7

Antonio González Paz s.m.
ESCORZOS DE UNA VIDA

A las fraternidades de Carabanchel, que me han ayudado a sentirme marianista con ellos y sacerdote para ellos.

Presentación

Alguien ha escrito: «En un cuadro se pinta lo que ha sido y también lo que no ha sido pero pudo ser y quizá lo fue de un modo oscuro que el pintor ilumina con su arte. En un cuadro se puede ver lo que está y a veces lo que no está. Porque ¿cuántas son las cosas que se te ocurren ante la pintura de un maestro excelente, y cuántas de ellas no se te habrían ocurrido jamás de no ser por la contemplación oportuna de ese lienzo?». (Eduardo Chamorro, *La cruz de Santiago*). Te sugiero que te internes en las páginas que siguen con la actitud del que se introduce en el mundo excitante de una galería de arte. Deténte ante cada una de las escenas, menos preocupado por discernir lo que ha sido o pudo ser que por intentar captar la luz con la que han sido plasmadas.

Como en toda exposición, encontrarás lienzos de todo tipo: bodegones, paisajes, retratos, escenas de interior. Unos son más realistas; otros, simples bocetos o apuntes; otros, levemente impresionistas, que te exigirán tomar distancias para percibir volúmenes, luces y calidades. He elegido la paleta de las palabras para plasmar hechos que fueron o pudieron ser y que pretenden acercarte a la vida y misterio de un hombre excepcional: Guillermo José Chaminade (1761-1850).

Todos los cuadros tienen en común que están pintados empleando la técnica del escorzo. Se entiende por escorzar representar, acortándolas según las reglas de la perspectiva, las cosas que se extienden en sentido perpendicular u oblicuo al plano

del lienzo en que se pinta. En este caso, el ángulo elegido es los últimos años del Fundador. Desde esta perspectiva, cuando la vida se remansa y las cosas se resitúan a la luz de la última Verdad, se contempla la vida del Padre Chaminade. En su retiro de la Magdalena, despojado del cargo de Superior General y de tantas otras cosas, este anciano repasa su vida y va colocando los hechos en su justa dimensión.

La pintura es un arte distinto de la fotografía. No se contenta con copiar fielmente la realidad, sino que el pintor refleja en el lienzo su particular percepción del color, la luz, las formas. Al escribir estos «escorzos», inevitablemente he plasmado mi forma de entender al Padre Chaminade. Aunque muchas de las palabras que se ponen en sus labios están extraídas de sus cartas y escritos, al sacarlas de su contexto primitivo pueden haber sido deformadas o reinterpretadas. Quizá adquieran una nueva luz que permita captar lo que «fue de un modo oscuro».

En toda exposición suele haber un catálogo que aporta datos sobre procedencia, motivo, lugar y ocasión en que fue pintado el cuadro, y que ayuda a comprenderlo mejor. He redactado unos apuntes históricos que preceden a cada capítulo y que ayudan a centrar personajes, anécdotas o vivencias. Es como una pequeña guía que introduce a la contemplación personal.

Generalmente empleo el nombre de anciano para designar al Padre Guillermo José. Lo he elegido porque expresa tanto su realidad cronológica —con el cúmulo de experiencias que se traduce en una sabiduría profunda— como su estado sacerdotal, que la Escritura designa con ese término. Para la Biblia, el sacerdote es, sobre todo, el hombre de rica experiencia de fe que transmite y celebra presidiendo la comunidad cristiana. El anciano Chaminade, en su retiro de Burdeos, resume bien estas acepciones de la palabra.

Quiero terminar esta presentación dando las gracias a todas aquellas personas que me han aportado datos y sugerencias

mientras redactaba estas páginas. También quiero agradecer a Gelu López del Prado el esfuerzo de traducir al ordenador mi letra estropajosa. Ojalá, al contemplar estos escorzos, se te ocurran cosas que jamás se te hubieran ocurrido y que te ayuden a vivir con creatividad el carisma marianista.

Antonio González Paz, SM
Santa María de Carabanchel (Madrid), 1993.
Celebrando los cincuenta años de presencia
marianista en el barrio.

COMPAÑIA DE MARIA PROV. ZARAGOZA
ARCHIVO PROVINCIAL
MARIANISTA

La viña de San Lorenzo

La viña de San Lorenzo fue una finca de hectárea y media de terreno, situada en las afueras de Burdeos, que compró el Padre Chaminade en 1791. Constaba de casa de campo, jardín, viñedo, pabellón con habitaciones y vivienda para el guarda. A partir de 1792 habitaron allí sus padres. Sirvió de refugio al Fundador durante la Revolución francesa. En sus dependencias se celebraron los retiros de la Congregación y el fundacional de la Compañía de María. A partir de 1821 fue la sede del primer noviciado canónico de la SM. El Padre Chaminade vivió en esa comunidad algunos años, hasta su retiro, en 1845, a la Magdalena.

La habitación es amplia. Entarimada. Una ventana, velada por un visillo, abre a la vida y al canto de los pájaros. Una cama austera. Una mesa sencilla. Un anaquel repleto de libros. Un reclinatorio. Un crucifijo que vela el sueño. Una imagen de la Virgen del Pilar que recuerda otros tiempos. Un lavabo de loza para las abluciones matutinas. Un brasero tibio que pone algo de calor en la mañana de enero.

Junto a la ventana hay un sillón y en él, sentado, un anciano. Su pelo, casi blanco, es largo y abundante. Su rostro, ancho y noble, surcado de arrugas. Sus ojos profundos, oscurecidos por el tiempo y las cataratas. Viste sotana y abriga sus piernas can-

sadas con una manta de cuadros. Sus dedos pasan quedamente las cuentas de un rosario. Alguien acaricia la puerta con los nudillos:

—Adelante.

El enfermero-guardián protege su ropa con un amplio guardapolvo. Pasa y se acerca al anciano:

—El cocinero ha preparado una sopa magnífica y carne asada. ¿Le apetece?

—Sólo quiero un plato de sopa... y, si puede ser, un poco de vino.

El enfermero le mira sorprendido:

—¿Vino?

El anciano asiente con una sonrisa. El enfermero sale mientras rezonga para sus adentros: «A la vejez, viruelas». Por la puerta entreabierta llega un coro de voces viriles:

Terra es benedicta
et sacerdotalis,
sancta et inmunis...

A los pocos minutos vuelve el hermano con una bandeja, una botella y un plato de sopa. Acomoda todo sobre la mesa y, descorchando la botella, llena una copa redonda.

—Es de San Lorenzo, de la cosecha del 17.

—Buen año aquél.

—¿Necesita algo más?

—No, hijo, muchas gracias.

—Entonces me voy a comer con los hermanos. Que aproveche.

El anciano se ha quedado solo. Coge la copa. Mira con deleitación su rojo contenido. Se la acerca a los labios y bebe despacio. Chasquea la lengua y exclama a media voz:

—Buen vino. Buena cosecha la del 17.

Y se queda mirando la copa mientras se hunde en sus pensamientos:

Fue un acierto comprar aquella viña, San Lorenzo. Casi nadie entendió mi interés renacido por la enología. «Cosas del cura», decían. Yo sonreía y seguía adelante. ¡Enseña tanto una viña! Es toda una escuela.

La viña. Terreno elegido. Cercado. Mimado. Protegido. Limpiado. Cavado y entrecavado una y mil veces. De puertas abiertas, como una invitación constante: «Id vosotros a mi viña». En ella hay trabajo para todos, independientemente de la hora del día. Y el jornal es espléndido.

La viña con sus cepas cuidadosamente alineadas: sinfonía ocre en otoño, desnudez esperanzada en invierno, verde promesa en primavera, y en verano...

Cepas que hay que injertar en tocones antiguos, para unir la historia y el futuro. Cepas que hay que podar mimosamente, buscando los nudos, para que den más fruto. Cepas que se prolongan en sarmientos prometedores.

Y debajo, las raíces. Raíces oscuras que sostienen y aseguran. Raíces profundas que buscan frescor y humedad. Raíces toscas que se funden con la madre tierra buscando su aliento vital. Raíces ocultas, poco vistosas, pero imprescindibles para dar fruto. De ellas brota, como torrente fecundo, la savia que da vida y plenitud. Como en todo, lo esencial es lo interior.

Y coronando tanto esfuerzo, los racimos. Racimos apretados, jugosos, fecundos. Racimos tendidos al sol, guardando en sus entrañas sus rayos dorados convertidos en azúcar. Racimos que se ofrecen y endulzan la vida del que se acerca a la viña y espiga su fruto maduro.

Racimos anónimos, dispuestos a dejarse pisar y a regalar su mosto dorado.

Y la bodega de San Lorenzo. Con su frescor oscuro, su silencio pausado, su fermentación ignorada laborando calladamente en la transformación del mosto en vino que alegra los ojos y el corazón del hombre. Misterio de vida oculta y escondida que se traduce en...

Unos golpes en la puerta interrumpen las reflexiones del anciano. Entra el hermano enfermero:

—Padre, coma. Se le está enfriando la sopa.

—Llévatela. Hoy me he alimentado de recuerdos.

Y se lleva la copa a los labios.

—¡Qué acierto aquello de San Lorenzo! Buena cosecha la del 17.

El enfermero recoge las cosas y sale murmurando:

—Todos los viejos se vuelven unos caprichosos.

El anciano se hace el sordo y mira por la ventana: «Este frío —piensa— vendrá bien a la viña. Es una pena, aunque ya no estoy para muchos trotes, que no me dejen ir por el noviciado. Este padre Caillet se salió con la suya. Les da miedo que hable con los novicios. ¡Hay tanto que podar! Es tan importante que enraícen en buena tierra... Son el futuro de la viña».

Hora de nona

La «Oración de las tres» es la cita espiritual de toda la Familia marianista al pie de la Cruz, para recordar la hora en que Jesús nos dio a María por madre. El Padre Chaminade adoptó, dándole un carácter mariano, esta tradición de la Obra de la Misericordia, de Teresa Lamourous, y de la pequeña asociación de Adela Trenquelléon, que a su vez la habían tomado del Carmelo. La utilizaron los congregantes del Estado a partir de 1809, y de ahí pasó a la Compañía de María y a toda la Familia marianista.

Acunado por los recuerdos, el anciano se ha quedado dormido. Su cabeza descansa sobre el respaldo del sillón. Su cuerpo se mece al ritmo de una respiración tranquila.

Unos toques de campana han interrumpido el descanso. Aún adormilado, mira el reloj: «Las tres. Se me ha pasado el tiempo volando. La siesta es algo bueno que aprendí en España».

En la casa se ha hecho un profundo silencio. «A las tres de la tarde —estipula la Regla—, un toque de campana advierte a todos los religiosos que se recojan unos momentos para trasladarse en espíritu al pie de la Cruz, y renovar allí con fervor su entrega a Jesús y María, en memoria de aquella hora de salvación en la cual Jesús, al morir, nos dio por hijos a su madre».

Fiel a la cita, el anciano busca con la mirada un cuadro que reproduce *La Piedad,* de Roger van der Weyden. La lámina es

antigua pero conserva vivos los colores. Está enmarcada en un dorado ya viejo.

Representa una escena del Calvario. Un Cristo, que es cadáver amarillento, reposa en el seno de su madre. Su cuerpo rígido es sostenido y levemente abrazado por una Virgen dolorosa y dolorida. Juan, mirada transverberada y perdida, sujeta con un brazo el cuerpo de Jesús mientras el otro es apoyo y sostén de la cabeza de la Señora. El pintor ha expresado con viveza la hora de salvación.

El anciano posa sus ojos en los dormidos de su Señor. Se recoge interiormente y empieza a desgranar la oración:

¡Oh!, divino Jesús,
nos trasladamos en espíritu
al monte Calvario...

«Señor Jesús, aquí nos tienes reunidos al pie de la Cruz. No estoy solo en tu monte santo; en su cumbre reconozco reunida a toda la familia:

Aquí nos tienes, fieles a la cita diaria.

Aquí nos tienes con nuestros deseos e ilusiones.

Aquí nos tienes con nuestros sueños y realizaciones.

Aquí nos tienes, reunidos al pie de la Cruz con tu madre y el discípulo que tú amabas».

Al anciano le tiemblan los labios y el corazón. Por su mente desfilan rostros concretos: hombres y mujeres, jóvenes y adultos, sacerdotes y laicos, religiosos y seglares, reunidos al pie de la Cruz, vinculados por un mismo ideal. Suspira y continúa:

... para pedirte perdón por nuestros pecados,
que son la causa de tu muerte.

«Aquí nos tienes, Señor Jesús, conscientes de un pecado que nos mereció tal Salvador.

Aquí nos tienes con las manos manchadas, los ojos turbios y el corazón extraviado.

Aquí nos tienes después de haber colaborado en crear un mundo donde no hay lugar para ti.

Te pedimos perdón por nuestros pecados, que son la causa de tu muerte.

La mirada del hombre recorre el cuerpo yacente y llagado de su Señor. La habitación se ha llenado de clavos y espinas, y un baño de sangre blanquea sus paredes».

Te damos gracias, Señor,
por haber pensado en nosotros
en aquel momento solemne
y habernos proclamado hijos de tu propia madre.

«Te damos gracias por haber pensado en nosotros en aquella hora de salvación y habernos dado a María por madre.

Te damos gracias por haber mirado en esa hora a Juan, y en él a toda la Iglesia, y habernos confiado a tu madre. Como el discípulo amado, hemos acogido a María como un don precioso y nos proponemos asistirla en su misión.

Gracias por haber contado con nosotros para secundar a María en su lucha contra las fuerzas del mal.

Gracias, Señor, por sentirnos felices de poder emplear en su servicio una vida y unas fuerzas que le son debidas.

Gracias por sentirnos dichosos de cumplir con prontitud todo lo que ella nos diga.

Gracias, Señor, por habernos dado a María por madre».

La mirada del anciano está anclada en las manos de la Virgen. Hay un extraño brillo en sus ojos cansados. Lentamente prosigue:

Virgen santa, muéstrate nuestra
madre acogiéndonos bajo tu especial protección.

«Virgen santa, acógenos bajo tu protección y haznos dóciles a la acción del Espíritu.

Demuestra que eres madre dándonos a luz y educándonos a semejanza de tu Hijo primogénito.

Demuestra que eres madre haciéndonos disponibles al Espíritu para ser conformados a imagen de Jesús.

Demuestra que eres madre modelando nuestro corazón hasta que lata al ritmo del de Cristo».

Los ojos de Juan parecen buscar los del anciano. Las miradas —una oscurecida, otra transverberada— se cruzan en algún lugar del espacio.

San Juan, sé nuestro patrono y nuestro modelo,
y alcánzanos la gracia de imitar tu piedad filial
para con María, nuestra madre.

«San Juan, alcánzanos la gracia de acoger como tú a María en nuestra vida y de asistirla en su misión.

Enséñanos a recibirla en nuestra casa y, sobre todo, en nuestro corazón.

Que se note que ella es nuestra madre, nuestra esperanza, nuestro refugio, nuestro auxilio, nuestra fuerza, nuestra vida. Amén. Amén. Amén».

Mientras pronuncia el amén, sus manos han buscado el rosario en la faltriquera de la sotana. Va desgranando las cuentas mientras repite:

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo
sean glorificados en todas partes
por la Inmaculada Virgen María.

El grito del silencio

El primer noviciado de la Compañía de María se abrió, en octubre de 1821, en la viña de San Lorenzo. Unos dos años más tarde se instaló otro, para futuros sacerdotes, en una casa colindante con la iglesia de la Magdalena, en Burdeos. En 1843 ambos se unificaron en la finca de Santa Ana, situada en las afueras de la ciudad. El Padre Chaminade dedicaba dos días a la semana a la instrucción de los novicios, completando así su formación para la vida marianista.

El anciano está trabajando: repasa sus notas, corrige, completa. Está tan concentrado que no oye la llamada del hermano portero. Se sobresalta cuando escucha su voz:

—Padre, los novicios han llegado. Le esperan para la conferencia.

—Gracias. Voy enseguida.

Recoge cuidadosamente sus cosas y ordena la mesa. Con paso lento y rostro sereno se dirige al encuentro de los suyos.

Un grupo de jóvenes, en torno a los 17 años, le esperan. Hay clérigos y laicos, estudiantes y obreros, profesionales y campesinos. Visten sin ningún distintivo, como la gente corriente. La sencillez en el porte es su único uniforme.

Cuando el anciano abre la puerta, los novicios se levantan y se arremolinan a su alrededor:

—Buenas tardes, padre.

—Feliz año nuevo.

—¿Qué tal se encuentra?

—¿Sobre qué nos va a hablar esta tarde?

—¿Qué sabe sobre las nuevas fundaciones que han pedido a la Administración General?

El anciano, abrumado por las preguntas, no contesta a ninguna. Se deja besar la mano por todos y se interesa por cada uno. Su corazón se esponja: el futuro es una promesa.

De pronto dice:

—Hala. Sentaos. Que se nos pasa la hora.

Cada uno ocupa su lugar. El anciano, detrás de una mesa sobre la que deposita sus cuartillas. Los novicios abren sus cuadernos, mojan sus plumas y las mantienen en el aire para no perder palabra. El sacerdote mira el crucifijo que preside la estancia y que perteneció a su hermano franciscano e inicia su disertación:

—Vivimos en el ruido interior y exterior. Hemos construido un mundo en el que el grito y la palabra inciden constantemente sobre nuestras vidas. La verdad es que no podemos callarnos por exigencias de la misión, pero, cuando podríamos hacerlo, muchas veces iniciamos una conversación intrascendente. A veces, hasta nuestra oración se convierte en una huida del silencio, refugiándonos en una sarta de palabras que nos impiden llegar a la orilla del Gran Silencio, donde se produce el encuentro inefable con la Palabra.

El silencio no es para nosotros lo opuesto a la palabra o a la comunicación. Al contrario, es la condición que nos permite sintonizar con la soledad sonora, con la música callada. El silencio es escucha atenta que permite captar y reconocer la voz del Amado entre otras voces. El silencio es un acto de fe en una presencia que nos lleva a relativizar otras presencias que, a veces, nos astillan y dividen. El silencio es un acto de amor para poder oír la única Palabra del Padre. Hacen falta tiempos

y espacios de silencio para crear un clima de oración, trabajo y paz en nuestras comunidades.

El silencio se escucha en el aula. Sólo lo turba el rasgueo de las plumas al deslizarse sobre el papel. Uno de los jóvenes —cara redonda, ojos claros, pelo revuelto— ha levantado la mano. El anciano le hace un gesto que es una invitación.

—Perdone, padre. ¿Podría explicarnos cómo se entiende el silencio en la Compañía de María?

—A eso iba. Veo que sigues siendo un impaciente —le sonríe comprensivamente—. La Compañía divide el silencio en cinco ramas que pueden considerarse como las cinco vocales del alfabeto marianista. Ya sabéis: un idioma sin vocales sería una jerga de sonidos ininteligibles. Son esas letras las que posibilitan la comunicación. No se puede hablar ni comprender el lenguaje marianista sin los cinco silencios. Nuestra vida sin ellos sería un ruido sin sentido.

Mario Canette se revuelve inquieto en su silla. Cuando no puede más, interrumpe:

—Padre, ¿puede decirnos cúales son las cinco ramas o niveles del silencio?

El anciano le mira con cariño y prosigue con su proverbial lentitud:

—El silencio de la palabra, el silencio de los signos, el silencio del espíritu, el silencio de la imaginación y el silencio de las pasiones. También se les puede denominar capacidad de escucha, lenguaje corporal, estar a lo que se celebra, crear utopías, convertir el corazón.

Los ojos del auditorio están clavados en el anciano. Esta vez es el padre Lestrade el que interrumpe:

—Pero, padre, ¿cómo puede vivir un marianista el silencio de la palabra? Nuestro trabajo apostólico nos exige estar siempre hablando.

—Nuestro silencio no es absoluto como el de los trapenses.

Es un silencio relativo, en función de la misión. Se habla cuando se quiere y se quiere cuando se debe.

La misión es la que exige el silencio. Si no queremos anunciarnos a nosotros mismos, tenemos que callarnos previamente para escuchar la Palabra del Padre, las palabras de los hombres. Desde ese silencio interior surge la paz profunda que debe acompañar a la proclamación del Evangelio.

Guardamos silencio para escuchar al Dios que habla al corazón de los que callan para escucharle. Acogida su palabra, la anunciamos a los demás. Encarnada en nuestra vida, nos hace testigos mudos del Dios vivo.

Guardamos silencio para escuchar a los hombres. Sólo desde una acogida incondicional del otro brotará la palabra que filtra lo negativo, lo que hiere, lo que destruye. Una palabra que alienta y construye siendo denuncia sin acritud, estímulo sin violencia, crítica sin amargura, contestación sin agresividad.

Guardamos silencio para escucharnos a nosotros mismos. Cuando lo hacemos, emergen nuestros temores, angustias, conflictos, que así podemos contrastar con el Evangelio. El silencio de la palabra es un buen medio para el conocimiento personal.

Desde el fondo del aula ha brotado una voz:

—Me resulta muy sugerente lo que nos está contando, pero ¿podría decirnos algo sobre el silencio de los signos?

El anciano revuelve sus cuartillas.

— ... Aquí está. Fijaos bien. El silencio de los signos o corporal va orientado a manifestar nuestra identidad profunda. Nace de la unidad del ser humano: somos espíritus encarnados en los que la vida interior tiene repercusiones corporales y en los que las alteraciones somáticas inciden en la vida espiritual. Callados nuestros signos, el cuerpo se va convirtiendo poco a poco en una parábola viva de lo que somos: hombres consagrados a Dios y a María.

No se trata tanto de algo negativo —no gesticular, no vestir

estrafalariamente— cuanto de hacer posible esa transparencia. Cuando somos coherentes, nuestros signos brotan del yo profundo, y cada gesto, cada mirada, cada palabra manifiestan a Cristo.

—Pero, padre, con este tipo de silencio, ¿no acabaremos siendo tan inexpresivos como una estatua? —interrumpe el joven del pelo revuelto.

Todos ríen ante la ocurrencia del novicio. Cuando se ha rehecho el silencio, el anciano prosigue:

—No, hijo, no. No se trata de hacernos de piedra. A fuerza de atención lograremos que nuestro cuerpo manifieste nuestros sentimientos, que para nosotros son los del Señor y su madre.

El anciano bebe un poco de agua. Los jóvenes aprovechan la pausa para rebullir en sus asientos.

—El silencio del espíritu no es un esfuerzo titánico y voluntarista para dejar la mente en blanco. Se trata de estar en lo que hay que estar, con los cinco sentidos, disfrutando del momento presente. Es hacer lo que hay que hacer poniendo toda el alma. O, dicho de otra forma, estar a lo que se celebra. Brota del deseo de orientar todas nuestras facultades mentales hacia aquel que queremos conocer, amar y servir con todo nuestro ser.

Una chispa ha transfigurado las pupilas del anciano y se ha reflejado en sus últimas palabras.

—El silencio de la imaginación es muy difícil para algunos —dice mientras dirige una mirada significativa al chico del pelo revuelto—. Pero no os preocupéis, no se trata de callar la imaginación, la loca de la casa, según santa Teresa. Lo que hay que procurar es orientar toda su fuerza creadora poniéndola al servicio del Evangelio. Partiendo de la realidad, la imaginación nos ayuda a soñar creativamente el futuro, caldeando nuestro corazón e impulsando nuestras manos para hacerlo realidad.

Así os sueño, hijos míos: sueño que seáis nuevos profetas

que rompan el techo de lo inmediato y ayuden a los demás a descubrir el paisaje global. Sueño que, manteniendo los pies en la tierra y manchados de fango, tengáis la mirada puesta más allá y descubráis a los hombres la clave de la jugada. Sueño que, dejando la piel en el empeño, seáis en la lucha soñadores, ilusos, ingenuos que abren brechas y ventanas al futuro. Sueño que, como nuevos Ícaros, con alas de pluma y cera, hagáis posible, a otros, vuelos lejanos. Sueño que...

Los novicios han dejado de escribir. Escuchan extasiados. Más tarde, cuando vuelvan a casa, comentarán por el camino: «¿No os ardía el corazón cuando nos hablaba de esas cosas?».

—El último silencio —prosigue el anciano— es el del corazón. Nos ayuda a descubrir nuestras motivaciones profundas. No se trata de callar nuestros sentimientos, sino de orientarlos. Cuando el corazón queda silenciado, nuestras palabras son vehículo de unidad; nuestros signos, una expresión de paz interior; nuestros pensamientos, una invitación a la comunión. El corazón callado irradia palabras cálidas, signos entrañables, pensamientos estimulantes.

Bueno, que se nos ha pasado la hora. El jueves seguiremos.

Las palabras quedan flotando en el aire. Nadie se mueve, quizá por miedo a romper el hechizo. Sólo cuando el anciano se pone de pie para retirarse estalla una algarabía de voces juveniles, como un revuelo de pájaros en una tarde de mayo.

Invitación a la oración

Carlos Demangeon, antiguo alumno del colegio marianista de Saint-Remy, hizo su noviciado en Santa Ana en 1847. Asistió a la muerte del Padre Chaminade y escribió sus recuerdos. Fue provincial del Midi y Asistente General. Al producirse la persecución religiosa en Francia (1903), se refugió en España con un grupo de religiosos ancianos. Murió en Lequeitio el día de Navidad de 1915 a los 86 años.

Al terminar la exposición, uno de los novicios, Carlos Demangeon, se ha hecho el remolón. Cuando los demás han salido, se acerca al anciano, que está recogiendo sus apuntes.

—Padre, ¿podría hablar con usted?

—Sí, hijo, sí. ¿Te viene bien ahora?

El joven asiente con la cabeza mientras dice:

—Si no es molestia. Ahora tengo un rato libre.

—Pues vamos a mi habitación. Allí estaremos más cómodos.

Ambos caminan en silencio. Una vez que han tomado asiento:

—Tú dirás —dice el anciano mirándole a los ojos.

—Padre, enséñeme a orar como Jesús hizo con sus discípulos.

El anciano arquea las cejas. Luego pregunta:

—Pero ¿qué hacéis en el noviciado? ¿No os enseñan allí a rezar?

—Sí, padre, sí —responde Carlos un tanto azarado, como temiendo haber dejado en mal lugar a sus formadores—, pero me gustaría oír de sus propios labios las cosas que otros me cuentan.

—Bueno, pues... vamos allá. Ante todo —continúa el anciano con un tono de voz distinto—, conviene tener claro lo que es la oración. Para mí es una actividad del corazón que se eleva a Dios para alabarle, unirse a él, reflexionar en su presencia sobre los temas que nos preocupan y discernir su voluntad. En la oración se deja oír la voz del Señor y se aprende a amarle. En ella Cristo comparte nuestros sufrimientos, los alivia y nos fortalece para combatir con energías al enemigo de nuestra salvación. ¿De acuerdo?

—Sí, padre. La definición está muy clara. Pero ¿cómo empiezo a rezar?

—Cualquiera que quiera empezar el camino de la oración debe comenzar por una oración mixta sobre el Símbolo de los Apóstoles. Después de ponerte en presencia de Dios, tomando conciencia de ante quién estás y para qué has venido, recitarás el credo entero con toda la atención posible. Luego volverás sobre cada uno de los artículos, deteniéndote en la consideración de cada uno de ellos todo el tiempo en que sientas algún atractivo. Para evitar las distracciones, pasarás al siguiente cuando el anterior ya no te diga nada.

—El problema es que hay días en que nada me dice nada.

—Si hay días en que estás tan disperso que no puedes detenerte más que un minuto en cada artículo sin distraerte, no te pares más que ese tiempo. Lo importante es mantenerse atento sin ponerse nervioso, dejando pasar las distracciones como el viento se lleva las nubes. Conténtate con recitar el credo una, dos, tres, cuatro veces, si es necesario, pero con toda la concentración posible. En la primera etapa del camino de la oración el objetivo es aprender a emplear el tiempo de oración en centrarse en lo que se está haciendo. Como preparación a la oración, ayuda mucho observar el silencio de la mente, tal como os he explicado en clase. El que durante el día pone los cinco sentidos en hacer lo que está haciendo, por trivial que sea, al llegar a la oración podrá concentrarse más fácilmente en su encuentro con Dios.

—Una vez que haya aprendido a concentrarme, ¿seguirá siendo conveniente recitar el credo al comienzo de la oración?

—Por mucho que progreses —el anciano ha esbozado una sonrisa antes de responder—, por mucho empeño que pongas en crecer en oración, nunca comiences tu tiempo de oración sin hacer, en presencia del Señor, tu profesión de fe. Luego te detienes en el artículo que más haya resonado en tu corazón.

—Supongamos que hoy me ha impresionado lo de «y se hizo hombre». ¿Cómo continúo?

—Pues... irás considerando algunos aspectos de esa afirmación: un Dios escondido en un cuerpo humano que va desarrollándose en el seno de una mujer. Un Dios, Señor del universo, en manos de los hombres. Un Dios que nace, llora, come, crece, trabaja para ganarse el pan...

—Ya. ¿Y después? —interrumpe Carlos un tanto impaciente.

—Lo importante es contrastar tu vida con la de Cristo, nuestro Señor. Comprobarás, por poco objetivo que seas, qué lejos está tu actuar del suyo... Espontáneamente te brotará la petición de perdón, la súplica, el agradecimiento, la ofrenda, el compromiso... Es decir, hago un acto de fe en Dios hecho hombre y pido al Señor una fe viva, activa, comprometida, coherente con la verdad que profesan mis labios.

—Pero, padre —pregunta Carlos con inquietud—, ¿no acabaré el credo en pocos días?

—Necesitarás toda la eternidad para acercarte al misterio de Dios... En la oración te acercas al conocimiento del Señor... y a tu propio conocimiento. Ambos están tan implicados que avan-

zar en uno de ellos es progresar en el otro. A fuerza de contemplar el rostro de Dios crecerá tu amor hacia él. A fuerza de conocerte a ti mismo descubrirás tus propias limitaciones y la necesidad de purificar el corazón.

—Eso ya lo voy experimentando.

—Es muy importante que todo tu ser se implique en la oración. El método que te propongo se dirige tanto a la inteligencia como al corazón. La meditación te acerca al conocimiento de Dios, pero no a un conocimiento puramente intelectual, sino caldeado por el corazón. Así irás creciendo en una fe profunda, sentida, que toca toda la vida. El crecimiento en la fe hará más firme la esperanza, más vivo y puro el amor, más profunda la humildad, más intenso el arrepentimiento, más ardiente el deseo de ver a Dios.

—Es decir —concluye el joven empleando una expresión querida por el anciano—, llegaré a ser un marianista de cuatro cuarterones.

—Eso espero. Para ello es importante que te acostumbres a vivir en presencia de Dios. Así la vida se convierte en oración y la oración brota de la vida. No olvides que vivimos penetrados por dentro y rodeados por fuera por este ser inabarcable, como una esponja en medio del mar, como un vaso expuesto al sol, como un trozo de hierro en medio de un gran fuego.

—Como una esponja..., como un vaso..., como un hierro —repite el novicio memorizando las imágenes.

—Mira, Carlos, lo que te digo. En el noviciado tienes todo el tiempo del mundo para rezar. Cuando el trabajo apostólico te devore, por agobiado que estés, dedica un tiempo amplio a la oración. Allí aprenderás a aceptarte y a asumir con paciencia las numerosas dificultades y contradicciones que tienen todas las obras destinadas a producir mucho bien.

—Procuraré no olvidar nunca sus palabras.

—Un último consejo: procura hacer tu oración unido a la

Virgen María. Ella tiene que acercarnos a su Hijo como el Hijo nos acerca al Padre. Si, como me considero feliz de confesar, María es nuestra mediadora, deduzco que me es imposible rezar sin ella. Así como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo se lo quiere revelar, del mismo modo nadie conoce al Hijo sino su madre y la Iglesia a quien ella se lo ha revelado. Únete a María en la oración. Ruégale que te muestre a su Hijo querido. Pídeselo a aquella que recogió y meditó fielmente en su corazón las palabras que salían de sus labios.

—Intentaré tenerlo en cuenta siempre. Y gracias, padre, por haberme dedicado su tiempo.

—No hay de qué, hijo. Enseñar a rezar es una auténtica inversión...

El hermano Eloy

Luis Lafargue y otros once jóvenes bordeleses fueron los primeros en consagrarse a la Virgen Inmaculada. El 2 de febrero de 1801, en el oratorio de la calle Arnaud Miqueu, número 7, nació la congregación mariana fundada por el Padre Chaminade. Seis días más tarde Luis fue elegido primer presidente, quizá por ser el discípulo más antiguo del Fundador. Tras unos meses de compromiso apostólico ingresó en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde profesó con el nombre de hermano Eloy.

El hermano Eloy es un setentón de pelo canoso y rostro apacible. Sus años dedicados a la educación no le han agriado el carácter. Al contrario, le han ayudado a crecer en bondad, comprensión y ternura. Viste la sotana estrecha de los miembros de su instituto y rodea su cuello con un babero almidonado. Entra en la habitación del anciano con los brazos tendidos y la sonrisa en los labios.

—¡Padre, cuántas ganas tenía de verle! Han pasado tantos años...

El anciano se ha levantado y ambos se han fundido en un abrazo mudo, entrañable, prolongado. Luego, transidos por la emoción, se han sentado y, durante unos minutos, guardan silencio, saboreando el reencuentro.

—Luis, estás hecho un chaval...

—No crea, padre. Ha llovido mucho desde que nos conocimos —y su mirada reposa en el rostro del anciano, en el que canas y arrugas evidencian la erosión del tiempo. Una ternura incontenible asoma a sus ojos y le acelera el corazón. Procura controlarlo cuando dice:

—¿Se acuerda cómo empezó la cosa? Yo ni siquiera había cumplido los treinta años...

—Lo recuerdo muy bien. Las cosas antiguas no se me olvidan, pero difícilmente sabría decirte qué cené ayer... Fue en el oratorio de la calle Arnaud Miqueu, que ya no existe, donde nació la congregación, que sería, con el paso del tiempo, un gran medio para reevangelizar Burdeos.

—Todavía puedo repetir la fórmula del compromiso: «Yo, Luis Lafargue, servidor de Dios, hijo de la Iglesia católica, apostólica y romana, me entrego y consagro a la Santísima Virgen, madre Inmaculada. Prometo honrarla y hacerla honrar, en cuanto de mí dependa, como madre de la juventud».

El hermano Eloy entorna los ojos y rememora la escena: se ve, con otros once jóvenes, y cincuenta años menos, rodeando el altar de la Inmaculada y formulando su consagración.

El anciano interrumpe sus recuerdos:

—Unos días más tarde te eligieron presidente...

—Sí. No se lo he contado nunca. Aquella mañana estuve rezando ante el Santísimo y tuve la intuición de que me elegirían. Cuando en la votación salí por mayoría, sólo pude decir: «Sea hecha, alabada y eternamente exaltada la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas».

—Desde entonces todos los cargos electos de la Congregación emplean esa fórmula para aceptarlos. Es hermoso vivir la autoridad como una llamada de Dios a ponerse al servicio de los otros.

—Sí lo es... La verdad es que no pensé que aquel grupo

incipiente fuera capaz de crecer y desplegar una actividad tan grande en toda la diócesis.

—No deberías haber dudado —afirma el anciano con vehemencia—. Es la dinámica de la semilla caída en buena tierra... ¿Ves aquel frasquito? —dice mientras señala la estantería—. Acércamelo.

El hermano Eloy se levanta y recoge un pequeño frasco de cristal con tapón de corcho. El anciano lo abre y esparce en su mano unas semillas minúsculas.

—¿Qué es esto? —pregunta Luis.

—Son granos de mostaza. Es la semilla más pequeña, pero cuando germina se hace un árbol inmenso. Hace años que las guardo. Me da miedo sembrarlas. Temo que la habitación se me llene de ramas, de pájaros, de sombras, de gentes buscando cobijo...

El hermano Eloy guarda silencio, como si algo inefable le invadiera. Luego, casi titubeando, pregunta:

—¿Puedo coger una?

—Sí, hijo, sí. Llévate las que quieras. Pero siémbralas, riégalas, cuídalas... Su germen es pequeño pero su crecimiento, impredecible.

—Comprendo... El grupo de los doce fue un grano de mostaza en manos de un buen campesino... Sus ramas se extendieron rápidamente, y al año éramos noventa y nueve y poco después casi quinientos. Y acudieron chicas, señoras, padres de familia... Lo que más me gustaba era que hombres y mujeres, jóvenes y adultos, estudiantes y profesionales, laicos y clérigos, obreros y maestros compartiéramos un mismo proyecto, un mismo ideal.

—Era la unión sin confusión: cada uno, desde su estado y condición, aportó su granito de arena para la reevangelización de Francia y la reconstrucción de la Iglesia.

El hermano Eloy sigue contemplando las semillas que sostiene en la palma de su mano. Prosigue:

—Verdaderamente nos sentíamos misioneros. La congregación fue una auténtica misión estable que despertó el compromiso y la creatividad de cada uno: la obra de los limpiachimeneas, la asistencia a los presos, la acción social entre las clases marginadas, la promoción de una literatura y cultura cristianas, el compromiso político, que por cierto nos trajo complicaciones...

—Ese dinamismo no era una simple eclosión juvenil, sino la consecuencia normal de vivir juntos la fe, de tener un solo corazón y una sola alma, de formar una única familia reunida en el nombre del Señor. Recuerda lo que me gustaba repetiros en aquella época: el calor de un cuerpo no se conserva más que por su proximidad a uno o varios cuerpos calientes. Hay una comunidad recíproca de calor, así se mantiene. El calor de un cuerpo aislado se debilita progresivamente al disiparse en el aire que lo rodea y que no para de renovarse. Vosotros estabais muy juntos: os comunicabais mutuamente calor. Fuisteis una hoguera alegre y feliz, capaz de convocar a otros.

—Y como explicándolo todo —prosigue el hermano Eloy—, nuestro compromiso con la Virgen Inmaculada. Ése fue el principio dinamizador de nuestra acción.

—Desde luego. La congregación nunca fue solamente una asociación de jóvenes piadosos reunidos para honrar a la Santísima Virgen. Fue una auténtica milicia que avanzaba en el nombre de María, consagrada a combatir las fuerzas del mal bajo las órdenes de aquella que debe aplastar la cabeza de la serpiente.

—Hoy el lenguaje me suena un tanto militarista. Entonces me llegaba al corazón... Por cierto, padre, ¿es verdad que algunos congregantes se molestaron cuando ingresé en el noviciado?

—En todas partes —responde el anciano oscilando la cabe-

za— hay espíritus empequeñecidos. Yo siempre he jugado al que pierde gana. Nosotros perdimos un congregante pero la Iglesia ganó un religioso. Eso es lo único que cuenta.

La tarde se ha ido desangrando. Los pájaros —cascada de plumas y trinos— buscan un hogar en los abetos del parque. El hermano Eloy, con el corazón reconfortado, se despide del padre. Desde la puerta se vuelve y, mientras aprieta en su puño los granos de mostaza, dice sonriente:

—Los sembraré en cuanto llegue a casa.

Y mientras vuelve a su convento, se imagina la celda llena de pájaros, de nidos, de gentes buscando sombra y cobijo.

Completas

> Las Completas son la última oración del creyente antes de entregarse al descanso. Su estructura invita al examen de la jornada, al discernimiento de la acción de Dios a lo largo del día, a la acción de gracias, a la entrega de la vida en manos del Padre, Señor del tiempo y de las horas.

El día ha sido largo. La cena, ligera. La velada, un muro doloroso de silencio que le hace añorar otras, llenas de risas y recuerdos. Luego ha rezado completas, que han terminado con una súplica: «Que el Señor nos conceda una noche tranquila y una muerte santa».

La vivienda ha quedado en silencio. Sólo algún mueble cruje o alguna puerta chirría. Es la noche. Es tiempo de salvación.

También la creación se ha quedado callada y expectante. Las tinieblas han invadido todo y parecen enseñorearse de la vida. Es como si la oscuridad hubiera vencido a la luz, y la muerte a la vida. En realidad es una victoria aparente. El sol, escondido en cualquier monte, acecha su momento para devolver el color a cada cosa. Siempre es así: hasta el día sin ocaso en el que el Sol brillará eternamente. La noche es tiempo de espera y de salvación.

El anciano se desnuda torpemente. Dobla las ropas con esmero y las va depositando sobre una silla. Se viste un largo

camisón. «Hace frío esta noche», piensa, y recoge sus cabellos en un gorro de dormir.

Apaga la palmatoria y se introduce en el lecho. Mientras el sueño —ese duende a menudo caprichoso— llega, va repasando los acontecimientos del día y convirtiéndolos en oración: «Gracias, Señor, por el buen vino que alegra el corazón del hombre; gracias por el hermano enfermero; gracias por el milagro de vivir; gracias por la vocación de Luis».

Mientras cosas y personas van pasando por su corazón, un tenue sopor le va invadiendo. Se deja arrastrar por la grata sensación —«en paz me acuesto y enseguida me duermo porque tú estás conmigo»—, su respiración se acompasa y pronto duerme como un niño.

El enfermero entreabre la puerta y escucha el silencio. «Ya se ha dormido —musita para sí—. Es como un crío. Buenas noches, padre». Mientras camina hacia su celda, le invade una profunda ternura, como ante un balido de cordero, ante un gorjeo de pájaros, o la sonrisa de un bebé, hacia el padre común.

El Garona

> Río francés de seiscientos cincuenta kilómetros, que nace en los Pirineos españoles, donde forma el valle de Arán. Pasa por Toulouse y Burdeos y desemboca, fundido con el Dordoña, en el estuario de Gironda.

Al clarear el día, el enfermero ha entrado en la habitación. Consciente de que al anciano le gustan las fórmulas monacales, saluda risueño:

—Buenos días. *Benedicamus Domino.*

Desde la penumbra de la habitación le llega una voz soñolienta:

—*Deo gratias.*

Evitando tropezar con los muebles, se acerca a la ventana y descorre las cortinas. Una luz gris y tamizada se esparce por la habitación. El canto cadencioso de la lluvia atraviesa los cristales.

—Llueve. Ha llovido toda la noche. Dicen que hay peligro de que se desborde el Garona.

El anciano se remueve en la cama. Su voz tiene un extraño acento:

—¡Ojalá se desborde! ¡Ojalá sus aguas inunden toda Francia, todo el mundo!

—¿Un diluvio universal? —pregunta el enfermero arqueando las cejas—. El Señor juró hace tiempo que no volvería a hacer otra gracia de ésas... Ande, padre, levántese mientras le voy preparando el desayuno.

Sale de la habitación cavilando. Este hombre siempre le sorprende. No acaba de entenderlo. Tiene cada cosa...

El anciano se arrebuja entre las sábanas. Escucha la música queda de la lluvia y se sumerge en sus pensamientos:

El Garona... Sus raíces están en España, allá, al otro lado de los Pirineos. Su vocación es francesa pero sus raíces son hispánicas. Brota con fuerza, con aguas frías, transparentes, cristalinas. Trae el regusto de las alturas, de las cumbres escarpadas, de la soledad, del silencio. El aliento del romero, del tomillo, del espliego... En sus primeras aguas se ha mirado la luz. De España se ha traído el blanco y el azul.

Si no hubiera cruzado la frontera, no hubiera pasado de ser un pequeño río perdido en el mar... A tierras francesas trae la fuerza, la creatividad, la experiencia primordial del país vecino. Y ya nacionalizado francés, es un reguero de luz que atraviesa valles en rápidos, cascadas, rabiones y turbulencias imposibles, soñando fundirse con el océano infinito. Tiene en sus comienzos el riesgo, la fuerza, la ilusión de los jóvenes. En su atolondramiento adolescente no tiene tiempo de fecundar tierras y labores. Recorre el paisaje socavándolo y cantando, risueño, el gozo de vivir. De ese empuje inicial, aparentemente estéril, depende su fecundidad posterior.

Poco a poco el tiempo y el roce con la madre tierra van atemperando su ritmo. Su curso ya no es altivo, sino sereno. Su música no es bulliciosa, sino callada. Su ritmo no es acelerado, sino cadencioso. Empieza a recrearse en la vida, enamorado de sus orillas. De ellas toma imágenes y colores. A ellas regala frescor y vida.

De vez en cuando se acelera en rápidos que recuerdan ardores juveniles, pero en general remolonea en meandros perezosos que crean y congregan vida.

Cuando llega a Burdeos, tiene parte de la fecundidad juvenil y, sobre todo, el saber de la experiencia. Acaricia la ciudad, abrazándola por la cintura y permitiéndole mirarse en sus ojos pardos. A ella se entrega regando sus tierras.

Mi vida es como el Garona. Tiene raíces españolas y vocación universal. Mis aguas, remansadas por la experiencia, atemperadas en el exilio, clarificadas por los años, unidas a otros veneros, se han entregado generosamente fecundando la tierra de los hombres. Sólo deseo que se desborden inundando Burdeos, el suroeste, Francia, el mundo entero...

El enfermero ha regresado trayendo el desayuno. El anciano vuelve en sí, sobresaltado por su voz.

—Pero ¿todavía no se ha levantado? Vamos, arriba, que se enfría la leche.

El anciano se ha sonrojado como un niño.

—Perdona, me he distraído... Ya sólo deseo fundirme con el mar.

—¿...?

Las heridas del tiempo

El Padre Chaminade es ya un octogenario venerable. Su cuerpo se ha ido debilitando y acusa el paso del tiempo. Se ha hecho más premioso en el hablar, sus ojos se han oscurecido por las cataratas, ha ido perdiendo oído y memoria. Su cuerpo exterior se desmorona mientras el interior sigue consolidándose.

El anciano ha terminado sus abluciones matinales. Se mira en el espejo y éste le devuelve un rostro que evidencia el paso del tiempo.

«Guillermo José, ¡qué viejo estás!» —dice a media voz. Luego inicia un diálogo con su doble reflejado en la superficie de plata:

«El tiempo... El mayor enemigo del hombre. *Tempus fugit.* Huye burlándose de nuestra limitación y evidenciándola con su paso. Pasa como el siroco agostando frescor y vida, como la helada quemando esperanzas, como el mar erosionando seguridades. Un rastro de arrugas, de canas, de achaques son las huellas de su paso.

He llegado al invierno de la vida y él ha dejado escarcha en mis sienes y pliegues en mi piel. Ha oscurecido mis pupilas, endurecido mi oído, arrasado mi memoria. Por cierto, ¿dónde he dejado el rosario? Ha hecho prominentes mis orejas, como las olas en la playa dejan al desnudo rocas y promontorios; ha depositado alforjas en mis espaldas, y ha atado lianas invisibles

a mi lengua, haciendo mi comunicación premiosa y exasperante. Decididamente, el tiempo, en su huida, ha evidenciado mi limitación y fragilidad».

El anciano se pasa la mano por las mejillas y se las acaricia levemente. El espejo le devuelve el gesto. Luego prosigue:

«Cuando algún viejo me dice: "Lo importante es ser joven de espíritu", me sonrío pòr dentro. Y no dejo de sorprenderme cuando, con tintes, pelucas y afeites, intentan disimular en su cuerpo las heridas del tiempo.

Afortunadamente no somos inmunes al acoso de la vida. Ella deja el rastro de su paso en nuestra existencia; sólo las rocas resisten a su tránsito. En el fondo, el que no cambia está ya muerto o en trance de hacerlo, instalado para siempre en un pasado caduco.

Lo importante es que al desmoronarse el cuerpo no se arruine el corazón. Tenía razón san Pablo cuando decía: «"Aunque nuestro exterior va decayendo, lo interior se renueva de día en día. Nuestras penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa desmesuradamente. Nosotros no ponemos la mira en lo que se ve, porque lo que se ve es transitorio y lo que no se ve es eterno"».

El anciano coge el peine y empieza a pasarlo lentamente por su blanca cabellera. Luego se enfrasca de nuevo en sus reflexiones:

«Me gustaría que, cuando se deshiciese definitivamente esta morada caduca, alguien pudiera decir de mí: "Fue un luchador hasta el final". O bien, escribir en mi tumba: "Aunque el invierno cubrió de escarcha sus sienes, no fue capaz de helarle el corazón".

Es curioso cómo los viejos salmos tienen ahora para mí un sabor nuevo. El hombre de ayer y el de hoy son el mismo. La Revolución cambió muchas cosas pero no pudo con el corazón del hombre...».

El anciano, más que peinar, acaricia sus cabellos mientras recita a media voz:

Dios mío, me instruiste desde mi juventud
y hasta hoy relato tus maravillas;
ahora, en la vejez y las canas, no me abandones,
Dios mío,
hasta que describa tu brazo a la nueva generación.
No me rechaces ahora en la vejez;
cuando me faltan las fuerzas, no me abandones.
Dios mío, no te quedes a distancia.
Dios mío, ven aprisa a socorrerme.

Cuando termina la salmodia, deja el peine junto a la palangana y se dispone a entregarse a sus ocupaciones habituales.

Misionero apostólico

A la vuelta del exilio en España, el Padre Chaminade solicitó al papa Pío VII, por mediación de monseñor de La Tour du Pin, el nombramiento de misionero apostólico. El Santo Padre se lo concedió el 22 de marzo de 1801. Una vez fundada la Compañía de María, pidió a Gregorio XVI el mismo título para sus sucesores en el cargo. El favor fue otorgado a perpetuidad en 1839.

El enfermero ha entrado en la habitación del anciano, provisto de un balde y un escobón.

—Padre, abríguese, que voy a ventilar un poco —dice mientras le tiende una manta.

El anciano se arrebuja como puede en la lana caliente. Por la ventana abierta entra un aire frío que casi corta la respiración pero que esponja los pulmones y el alma. El joven desbarata la cama y coloca las sábanas en el alféizar. Empieza a barrer en silencio. De pronto se detiene y pregunta:

—Perdone la curiosidad. Hay una cosa que no me encaja. Sé positivamente que siempre ha huido usted de todo lo que huela a homenaje o condecoración. Sin embargo, pidió a la Santa Sede el nombramiento de misionero apostólico...

El anciano se queda extrañado por lo que empieza a considerar una curiosidad impertinente. Supera el primer movimiento y responde:

—La verdad es que acepté ser nombrado canónigo honorario de la catedral de Burdeos... Fue un pecadillo de juventud. En cuanto a lo de misionero apostólico, eso es más largo de explicar...

El joven se ha quedado quieto con la escoba en la mano esperando una explicación más completa. El anciano casi se siente obligado a seguir.

—Para construir un dique frente al torrente del mal, el Señor me inspiró, a comienzos de siglo, solicitar de la Santa Sede las cartas acreditativas de misionero apostólico, para reavivar o volver a encender la luz de la fe, ofreciendo al mundo grupos numerosos de cristianos de toda edad, sexo y condición que, reunidos en comunidades, practicasen sin orgullo y sin respeto humano nuestra fe con toda la radicalidad de sus dogmas y su moral.

—Es decir —resume el enfermero para asegurarse de que ha entendido bien—, que toda su actividad apostólica, incluida la creación de la congregación, hunde sus raíces en el nombramiento de misionero apostólico.

—Exactamente. Al regresar a Francia creí que el primer medio para cumplir mi misión era crear y animar comunidades cristianas que se llamaron congregaciones marianas.

—¿Qué poderes le otorgó el nombramiento de misionero apostólico?

El anciano está a punto de aclarar al joven que en la Iglesia no se debe hablar de poderes, sino de servicios. Deja para otra ocasión la catequesis y continúa:

—Facultades, pocas. El ser nombrado por la Santa Sede misionero apostólico suponía un reconocimiento público de mi entrega y dedicación a la Iglesia de Cristo. En ese sentido me daba una gran autoridad moral. Lo que importa no son lo que tú llamas poderes, sino la actitud de servicio al pueblo de Dios. Eso es lo que yo deseo para todos los marianistas.

El enfermero hace que barre pero su cabeza está en otro sitio. Se detiene de nuevo para preguntar:

—El hecho de ser misionero apostólico, que supone una gran libertad de acción, ¿no le ha creado algún problema con la jerarquía?

—Justamente lo contrario. Mi comunión acreditada con el Santo Padre me libraba de toda sospecha y me daba una gran amplitud de movimientos. La verdad es que mi forma de entender la misión no podía encerrarse en el marco de una parroquia tradicional ni en los límites geográficos de una diócesis.

—Su forma de entender la misión resultaría más interesante integrada en la pastoral de la diócesis... ¿No quiso el arzobispo alguna vez nombrarle párroco?

—No una, sino varias. Siempre rehusé. Para los tiempos que vivíamos, la parroquia tradicional no me parecía válida. La nueva recristianización de Francia tendría que nacer de comunidades cristianas. Siempre he creído que el medio más eficaz para reevangelizar nuestro país era crear y animar grupos de cristianos comprometidos.

—He oído a veces que algunos párrocos le criticaban diciendo que le robaba su gente, que era imposible trabajar con usted, que era muy individualista...

—Conozco las críticas. Siempre ha habido y habrá espíritus mezquinos que confunden el fin con los medios... La parroquia fue creada para ayudar a vivir la fe. La congregación ofrece lo mismo sin las ataduras de una estructura o un espacio... Los párrocos con visión de futuro desean contar con medios que les ayuden a suscitar el espíritu cristiano y la vivencia de la fe. Eso es la congregación: un medio. En vez de andar criticando, sería mejor que esos párrocos colaboraran con los que animan a los congregantes. Al fin y al cabo, un cristiano comprometido siempre acaba siendo un buen parroquiano.

El joven asiente. En realidad está deseando dejar la escoba y sentarse a charlar. Pero no ha venido para eso.

—He procurado —continúa el anciano— que los congregantes colaboren en sus parroquias. Muchos lo hacen: animan la liturgia, visitan a los enfermos, colaboran en la catequesis... Otros han preferido trabajar en otros ámbitos. Lo importante es que cada uno aporte a la Iglesia el don recibido. Lo que he pedido a todos es que asistan a la eucaristía dominical de su parroquia.

El enfermero empieza a mullir el colchón. Antes de extender las sábanas, inquiere:

—¿Podría decirse que ser misionero apostólico es una forma especial de trabajar en comunión con el papa y los obispos?

—Exactamente. Así he procurado vivirlo. Los obispos son los sucesores de los apóstoles y continuadores de su misión. A nosotros nos toca obedecer y colaborar. Ser misionero apostólico no es convertirse en un francotirador, sino en un hombre cuya única ambición es secundar con toda su alma los planes y proyectos de sus pastores.

—Ahora comprendo —continúa el enfermero como pensando en voz alta— por qué quiso que todos los Superiores Generales de la Compañía tuvieran ese título...

—Quería evitar a toda costa que los marianistas tuvieran una visión estrecha de su misión, que estuvieran únicamente preocupados por la obra que llevasen entre manos. El título de misionero apostólico que tendrán todos los Superiores Generales asegura que nuestra obra forme parte de la misión de la Iglesia, que es una prolongación y participación del apostolado de Cristo. Así se sentirán como vicarios o delegados del Sumo Pontífice y participantes del carácter sagrado de la misión. Cada marianista, cada comunidad, deberá vivir en comunidad de acción con toda la Iglesia. El Superior General, misionero apostólico, garantizará nuestra fidelidad apostólica a la Iglesia y será el

mediador privilegiado del espíritu misionero, del dinamismo evangelizador de todos nosotros.

El enfermero, que ha ido alternando el trabajo y la escucha, ha terminado la limpieza. Cierra la ventana, recoge los utensilios y dice con un deje de ironía:

—Espero que mi trabajo contribuya a la misión y esté en comunión con la Santa Sede...

—Lo importante —remata el anciano— no es lo que uno hace, sino lo que uno es...

María Dubourg

María Dubourg fue contratada por el Padre Chaminade para atender a sus ancianos padres cuando se trasladaron a vivir a San Lorenzo. Después de la Revolución permaneció cuidando la casa del Fundador en Burdeos. Mujer enérgica y decidida, fue una servidora fiel y prudente hasta su muerte, acaecida en 1847.

El Superior de la Comunidad ha entrado en la habitación con rostro serio:

—Padre, tengo que darle una mala noticia. Acaban de avisarnos que ha muerto María Dubourg.

—Sea hecha, alabada y eternamente exaltada la voluntad de Dios. Que el Señor tenga en cuenta todos sus desvelos.

—Estoy seguro de que así será. Voy a acercarme un momento al velatorio.

El anciano se queda solo con sus recuerdos:

María, servidora fiel y prudente... Nadie hubiera pensado que detrás de un temperamento tan vehemente se escondiera un corazón tan grande. Pasaste la vida entre escobas y cazuelas y con el corazón puesto en el Señor. Ni en las épocas más peligrosas de la persecución dejaste de llevar una cruz de oro sobre el pecho: nunca ocultaste quién era verdaderamente tu Dios.

Cuando te conocí, apenas tenías veinte años. No podía ni imaginarme que durante cincuenta compartiríamos el mismo techo. No recuerdo quién te recomendó... Venías de tu pueblecito, allá en la Gironda, a servir a la capital. Esperaba encontrarme con una chica tímida y apocada. En la entrevista que tuvimos —en los tiempos que vivíamos, toda precaución me parecía poca— me sorprendió tu locuacidad y desparpajo. Eras de la auténtica casta de los bordeleses... No te oculté mi condición de sacerdote ni el riesgo en el que vivía en aquellos años difíciles. Tus ojos no me mintieron cuando tus palabras aseguraban fidelidad y discreción. Los años me permitieron comprobar que tu charlatanería —que al principio tanto temía— era capaz de filtrar lo que quería decir.

Fue tu facilidad de palabra la que me salvó la vida en muchas ocasiones. Eras capaz de liar al más pintado y de sonsacar al más reservado. Gracias a ello detuviste en la puerta visitas inoportunas o me diste tiempo suficiente para ocultarme en el refugio...

Recuerdo el día en que nos falló el perro —la época de celo era un peligro— y casi me pillan los gendarmes. Sólo tu sangre fría y rapidez de reflejos me salvaron la vida. Si no me cubres con el barreño de la ropa, me hubieran detenido. Pasé mucho miedo allí debajo mientras te oía bromear con los policías y brindar sobre mi cabeza por el triunfo de la Revolución. Sólo unas tablas y tu desparpajo me salvaron de la guillotina. Cuando, finalmente, se fueron y pude salir del escondite, a los dos nos temblaban las piernas. Aquel día tuvimos que bebernos, entre risas, un buen vaso de burdeos...

Te recuerdo con tu cofia de muselina y encajes, moviéndote con soltura y sirviendo con naturalidad. Cuidaste de mis padres con el cariño de una hija y la entrega de

tu buen corazón. Mimaste a mi madre en sus últimos días y te quedaste con papá cuando la situación se hizo insostenible y tuve que huir a España. Tú fuiste la primera en escribirme hablándome de su muerte...

Cuando pude volver del exilio, celebramos el regreso. Con respeto, sin querer condicionarme, te ofreciste a seguir a mi servicio. Me diste una gran alegría. Te comenté que mis ingresos no daban para mucho, pero eso no te preocupó. Te conformabas con poco, alegando que ésa era tu forma de ayudar a la Iglesia...

Pero también hacías Iglesia de otras formas. Amadrinaste a muchos en aquellos bautizos semiclandestinos del oratorio de San Simeón. Luego te preocupabas de seguirlos, visitarlos, animarlos...

Los que te tenían en un bolsillo eran los congregantes. Te sacaban siempre lo que querían... Con las chicas te llevabas peor. Y Teresa te caía francamente mal... Cuando nacieron los marianistas, volcaste en ellos todo el cariño de la madre que nunca habías sido.

Cuando, ya vieja y achacosa, el padre Caillet quiso desprenderse de ti, me opuse con toda el alma. Nunca hubiera podido aguantar tanta injusticia. Tú sufrías en silencio al verte convertida en un trasto inútil, y te empeñabas en seguir haciendo las cosas sin darte cuenta de que creabas más problemas...

Te fuiste como viniste: sin molestias ni ruidos. Tu muerte me deja más solo. Quizá hacerse viejo sea simplemente ir viendo partir a los amigos...

La sacristía de la Magdalena

La iglesia de Santa María Magdalena fue bendecida y abierta al culto el 22 de julio de 1688. Formaba parte de un convento de religiosas consagradas a la reinserción de prostitutas. Cuando la Revolución nacionalizó los bienes eclesiásticos, fue vendida a un comerciante que la empleó como almacén. En 1801 fue alquilada por el arzobispado y abierta de nuevo al culto. En 1804 fue designada como sede canónica de la congregación mariana fundada por el Padre Chaminade. En 1820 fue adquirida por la Compañía de María. En su sacristía, el 11 de diciembre de 1817, hicieron unos votos privados y temporales los primeros marianistas. La auténtica cuna de la Compañía fue San Lorenzo, donde los primeros religiosos profesaron el 5 de septiembre de 1818.

La sacristía de la Magdalena huele a cera virgen, a incienso rancio, a humedad de siglos. Altos armarios de maderas oscuras encierran vasos y vestidos litúrgicos. Un crucifijo de regular tamaño preside la estancia. Diversos cuadros, de gusto dudoso, decoran arbitrariamente sus muros. Sobre una mesa están preparados los ornamentos para la santa misa.

El anciano se acerca tanteando la fuente y lava sus manos mientras musita: «Purifica, Señor, con tu gracia mis manos de

toda mancha para que pueda servirte con limpieza de alma y cuerpo».

Un monaguillo, con un pabilo humeante, ha entrado por la puerta que comunica con la iglesia.

—Buenos días, chaval.

—Buenos días, padre.

El sacerdote se dirige a la mesa para revestirse. El monaguillo le tiende el amito. El anciano lo pasa por la cabeza y, mientras se ata los cintos, bisbisea: «Pon sobre mi cabeza, Señor, el yelmo de la salvación, para rechazar los asaltos del enemigo».

Terminada la plegaria, el monaguillo le ofrece el alba. El anciano gira para cogerla. Por un momento es como si el tiempo se rebobinara: el mismo gesto lo hacía, unos treinta años antes, en la capilla de San Lorenzo, otro joven, Bruno Daguzan. El anciano se queda como paralizado en el recuerdo:

Un grupo de jóvenes, notoriamente nerviosos, lo rodean mientras Bruno le ayuda a revestirse. Augusto Perrière, Juan Bautista Lalanne, Juan Bidon, David Monier y Antonio Cantau forman un conjunto bastante heterogéneo.

Han vivido juntos una semana memorable, dedicados al silencio y la oración. El predicador ha guardado para esos días palabras alentadoras, de esas que son como agua en labios resecos, como caricia en tarde con fiebre, como luz en la noche. Palabras que han caldeado corazones y fortalecido voluntades.

En la soledad y el silencio han discernido la voz de Dios que resuena desde toda la eternidad. La han percibido como una invitación a poner en marcha un proyecto largamente acariciado: la Compañía de María. Se sienten felices de poder consagrar su vida a colaborar con

María en su misión maternal de engendrar nuevos hermanos para su Hijo Primogénito.

En el encuentro con el Señor han confirmado su llamamiento y han decidido irrevocablemente dedicar su vida a la misión. Han elegido este rincón, testigo mudo de tantas vivencias, como lugar donde formular su compromiso: la viña de San Lorenzo será la cuna de la Compañía de María, el ámbito de sus primeros pasos, la Betania a la que se volverá buscando espacios de descanso y oración.

Cuando el sacerdote ha terminado de revestirse, los jóvenes le rodean. Se arrodillan y cantan con voz emocionada el Veni Creator. *Luego, el sacerdote les dice unas palabras:*

—Queridos hijos, quiero compartir con vosotros la emoción que me embarga. Éste es un día largamente esperado por mí. Pero no es mi día, sino el día del Señor. Es él el que os ha convocado con una voz llena de ternura para formar la Familia de María. Ahora sois pocos y frágiles, pero encontraréis fortaleza en la vocación que habéis recibido. Vuestra vocación es eterna en su principio, singular en su naturaleza y preciosa en sus circunstancias.

*Es eterna en su principio porque Dios está por encima del tiempo: él os vio, amó y llamó desde siempre. Pasó una eternidad hasta que pudisteis percibir su voz. Ha llegado la hora de poner por obra el Sueño de Dios. Al experimentar vuestra limitación y juventud, no tengáis miedo: «*Yo estoy con vosotros*», dice el Señor.*

Vuestra vocación es singular en su naturaleza. Entre todos los hombres de todos los tiempos Dios ha fijado su mirada en vosotros para realizar su plan y servir a María en su Compañía. ¡Qué bondad la de nuestro

Dios! En medio de dudas e incertidumbres el Señor ha conducido la historia y los acontecimientos para haceros coincidir aquí, precisamente a este grupo de personas, para poner en marcha un proyecto nuevo.

Vuestra vocación es preciosa en sus circunstancias. En un mundo como el nuestro, tan lleno de escollos y oscuridades, habéis tenido el privilegio de descubrir una luz y reconocer un camino...

Las palabras del sacerdote rebotan en el techo de la capilla y penetran en los corazones de los jóvenes. Una emoción profunda y contagiosa se va apoderando de todos. Cuando el silencio se restablece, parece que una misma sangre circula por todas las venas...

A una indicación del sacerdote todos se ponen de pie y encienden sus velas. Las llamas parpadean y tiemblan en manos viriles, habitualmente de pulso firme, mientras renuevan juntos las promesas del bautismo.

Uno por uno se irán acercando a la Sagrada Escritura. Colocando su mano sobre el libro santo, irán profesando: «Para gloria de la Santísima Trinidad, honor de María y la salvación de mi alma, prometo a Dios y hago voto de guardar durante mi vida entera la pobreza, la castidad, la obediencia y la estabilidad, según las Constituciones de la Compañía de María».

Formulado el compromiso, el Fundador irá imponiendo a cada uno un anillo de oro en su mano derecha:

—Recibe este anillo. Que él te recuerde continuamente la alianza que has contraído con la Virgen María.

Cuando todos han terminado, se funden en un abrazo entrañable. Tenían un pasado en común y ahora empiezan a escribir un futuro lleno de esperanzas...

El sacerdote concluye:

—Creced, hijos míos, como trigo del Señor. Para ello contad con la bendición de Dios todopoderoso...

Terminada la celebración, la viña de San Lorenzo se llena de risas y parabienes. Hay un gozo que se expresa y una ilusión que se comparte. Tienen la sensación de haber cortado amarras y embarcado rumbo a lo desconocido. En la orilla quedan un pasado y unas seguridades. Mar adentro, sueños, ilusiones y un proyecto común. En la aventura no se sienten solos. María, stella maris, *se ha embarcado con ellos... Nadie sospechaba entonces que uno de ellos, Antonio Cantau, navegaría un año más tarde en otro mar: el de aguas claras que se extiende ante el trono del Cordero.*

El monaguillo, cansado de esperar, interrumpe las ensoñaciones del anciano:

—Padre, ¿se va a poner el alba de una vez...? Creí que le había dado un aire.

—Dame, dame... «La verdad es —piensa mientras se pone la túnica— que aquel día me sentí como Abrahán cuando nació Isaac. La espera había sido larga, pero la promesa empezó entonces a hacerse realidad. El "hombre que no muere" acababa de nacer... Su vida era frágil e incipiente, pero era una esperanza que aquel día empezó a ser gozosa realidad...».

La santa misa

El Padre Chaminade vivía la eucaristía como el centro de su vida diaria. La celebraba con recogimiento, devoción y lentitud. No dejó de hacerlo —arriesgando su vida— en tiempos de la Revolución. Los últimos años la decía en el altar de la Inmaculada erigido por el padre Caillet en la iglesia de la Magdalena. A partir de 1847 repetía de memoria, debido a la ceguera progresiva, la misa *De Beata Virgine*.

Revestido con los ornamentos sagrados y cubierto con el bonete, el anciano ha entrado en la iglesia de la Magdalena desde la sacristía. El templo es de una sola nave, amplia y sólida, alargada por las capillas del transepto y por los pilares terminados en arcos que simulan naves laterales. La bóveda, relativamente alta, se eleva en el crucero dando al conjunto un aire ligero y diáfano. El altar mayor está presidido por una imagen de la Virgen rescatada de la iglesia de las Hijas de Nuestra Señora y salvada así del vandalismo de la Revolución.

Tras una venia al altar mayor, el anciano se dirige al de la Inmaculada precedido por el monaguillo. El cuadro de la Virgen está enmarcado por un frontón y columnas neoclásicos. Las velas ponen algo de luz y vida en la iglesia vacía. El sacerdote levanta los ojos a la imagen —«Ella te aplastó y te seguirá aplastando la cabeza»— antes de iniciar el santo sacrificio.

—*In nomine Patris...* —dice mientras se signa lentamente—.

«En su nombre y para su mayor gloria empiezo esta celebración como he procurado comenzar todas las cosas, grandes y pequeñas, de mi vida».

—*Introibo ad altarem Dei.* Me acercaré al altar de Dios.

—*Ad Deum qui laetificat juventutem meam* —responde a su derecha la voz soñolienta del monaguillo—. Al Dios que es la alegría de mi juventud.

Mientras recita el salmo 42, el anciano va interiorizando las palabras: «El Señor es el que pone la alegría de una juventud renovada en mi cuerpo desgastado y cansado. Verdaderamente tú eres el Dios de mi alegría mantenida en el dolor y la prueba. Tú me has enviado la luz y la verdad para acercarme a tu monte santo, cuando mis ojos apenas distinguen los colores y mis pies vacilan. Tú me ayudas a seguir esperando con la seguridad de poder alabarte siempre».

—*Confiteor Deo omnipotenti...* Yo confieso ante Dios todopoderoso... «Dios mío, qué grande eres tú y qué pequeño soy yo... Qué santo eres tú y qué pecador soy yo... Haz, Señor, que yo te conozca y que tú me conozcas... Penétrame del sentido profundo del pecado, purifícame, lávame para que experimente tu misericordia en medio de tu templo, y así, conociéndote a ti cada vez mejor y a mí mismo como soy, a nadie ame más que a ti y no vea más que a ti en todas partes».

—*Misereatur tui...* —la voz del acólito es un murmullo—. Dios todopoderoso tenga misericordia de ti, perdone tus pecados y te lleve a la vida eterna.

—Amén —responde el anciano con convicción.

Mientras el monaguillo inicia, a su vez, el rezo del Yo pecador, el sacerdote alza la mirada al crucifijo que preside la celebración: «Lo importante no es que yo sea justo o pecador, sino que tú tienes siempre los brazos abiertos para rodearme de tu perdón. Tú siempre nos muestras tu misericordia y nos das la salvación».

Lleno de confianza en el perdón recibido, sube al altar acer-

cándose al misterio de Dios. Con devoción besa el ara, donde hay reliquias de mártires anónimos que le recuerdan otras no veneradas de conocidos que él vio subir a la guillotina durante los años del Terror. Para ellos es también su beso y su respeto. En los labios le ha quedado un regusto a sangre fresca, a testimonio heroico, a comunión profunda con tantos testigos de la fe.

En el centro del altar repite, en diálogo con el monaguillo, las palabras de tantos creyentes implorando la misericordia de aquel que ama como hijo y respeta como Señor:

—*Kyrie, eleison.* Señor, ten piedad.

—*Christe, eleison.* Cristo, ten piedad.

Cuando el sacerdote se vuelve para saludar a los fieles, la nave vacía resuena como un lamento.

—*Dominus vobiscum.* El Señor esté con vosotros.

De pronto, el templo se llena de jóvenes bulliciosos de toda clase y condición mezclados en fraternal camaradería. Alguien conduce a monseñor d'Aviau, que se siente como uno más y viene a presidir la reunión general de la congregación. Algunos padres, sorprendidos por el compromiso cristiano que sus hijos han asumido, se han unido al grupo y ocupan un lugar discreto.

El presidente de la congregación, desde el lado de la epístola, ha abierto la sesión entonando el Veni Creator. *Se suceden ponencias, debates, poesías, cantos...*

Los temas teológicos son abordados con la misma naturalidad que los profanos. El buen humor y la participación están asegurados...

—*Et cum spiritu tuo.* Y con tu espíritu —responde el monaguillo devolviendo a la iglesia el vacío anterior.

La epístola y el evangelio repetidos de memoria son pronunciados con atención. El anciano se descalza interiormente al acercarse al misterio de la Palabra hecha letra impresa. Se aproxima con el mismo respeto con que se hubiera acercado en Belén al misterio de la Palabra hecha carne.

El anciano, en el centro del altar, aparta el velo que cubre los vasos sagrados. La patena, limpia y dorada, contiene una oblea blanca. La toma en sus manos y la levanta con gesto expresivo.

—*Suscipe, sancte Pater, omnipotens...* «Recibe, Padre Santo, Dios omnipotente y eterno, esta ofrenda inmaculada... Recibe este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre... Recibe este pan, que es humilde, sencillo y no se da importancia... Recibe este pan, que se entrega sin presunción ni resistencia... Recibe este pan, regalo tuyo para mantener la vida... Recibe este pan, que al deshacerse nos rehace y nos permite hacer... Recibe con él la prosa y lo prosaico de cada día y recibe con él todo el trabajo humano...».

Toma el cáliz y añade al vino, con pulso temblón, unas gotas de agua: «Danos participar de la divinidad de tu Hijo, que se dignó participar de nuestra humanidad». Luego lo levanta.

—*Offerimus tibi, Domine, calicem...* Te ofrecemos, Señor, el cáliz de salvación... «Te presentamos, Señor, con y en el vino toda la poesía de la vida, lo bello, lo gratuito, lo inútil... El vino es todo eso que, unido al pan —poesía y prosa—, resume lo que somos...».

—*In spiritu humilitatis... Suscipiamur a te...* Recíbenos, Señor, en nuestra humildad, confundidos con estos alimentos del pueblo...

Cuando el anciano deja el cáliz sobre el corporal, le duelen los brazos: durante unos minutos ha levantado a pulso a toda la humanidad. El trabajo y la vida de campesinos, viñadores, panaderos, molineros... han sido ofrecidos al Padre por él. Le

pesan los brazos y le vuela el corazón: desde aquel rincón oscuro de la Magdalena, dos hombres están elevando a Dios la creación entera.

—*Gratias agamus Domino Deo nostro.* Demos gracias al Señor nuestro Dios.

—*Dignum et justum est.* Es justo y necesario —responde a sus espaldas el pequeño bordelés.

La campanilla suena como un aleteo de mariposas de cristal. Es un pálido contrapunto al orfeón de ángeles, dominaciones, potestades y serafines que rivalizan en tono y volumen cantando:

—*Sanctus, Sanctus, Sanctus...* Santo... Llenos... Hosanna... Bendito... Hosanna en el Cielo.

El anciano se inclina profundamente, besa el altar y se hunde en el silencio. Su plegaria es —*Te igitur, clementissime Pater*—, desde ese momento, a corazón abierto. Ni una palabra, ni un murmullo se escapará de sus labios durante todo el canon. Es como si hubiera traspasado una puerta de cristal y se hubiera separado del monaguillo y del mundo. Pero no está solo subiendo al encuentro de Dios en el monte santo: lleva sobre sus espaldas a toda la humanidad.

—*Pro ecclesia tua... famulo tuo papa nostro... antistite nostro... rege nostro... famulorum famularumque tuarum...* «Te ruego por los que me has confiado, porque son tuyos... Protégelos, Padre Santo, para que sean uno... No te ruego que los saques del mundo, sino que los protejas del Malo... Conságralos en la verdad... No te pido sólo por ellos, sino por los que van a creer en ti mediante su mensaje...».

Por las pupilas y el corazón del anciano desfilan hombres y mujeres concretos a los que une a su oración y para los que hay un hueco en su plegaria. La súplica se prolonga hasta que el monaguillo, impaciente por volver a sus juegos, carraspea.

—*Communicantes et memoriam venerantes, in primis gloriosae semper Virginis Mariae...* Reunidos en comunión, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María... «María, ya que eres mi madre, preséntame a tu Hijo. Tú sabes bien cómo obtener su gracia y bendición. Basta que tú así lo quieras...».

El sacerdote extiende sus manos sobre el pan y el vino. Siempre le impresiona que sus manos ungidas —las mismas que han entrecavado la viña, han acariciado epidermis y corazones, han levantado paralíticos, han abierto ojos a la fe, han desvelado injusticias, han construido flores de tela— sean capaces de transmitir el Espíritu de Dios.

—*Hanc igitur... quam oblationem...* «Bendice y acepta, Padre, esta ofrenda para que sea Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado... Transmite tu Santo Espíritu a este pan y este vino haciendo presente entre nosotros al Hijo de tus entrañas...».

Hay campanas que taladran la historia. Esta que suena a sus espaldas es una de ellas. Es como un clarín que convoca a cielo y tierra a hacerse presente en este Calvario donde un cuerpo destrozado y una sangre derramada hablan, sin palabras, de un amor hasta el extremo.

—*Hoc est enim corpus meum.* Esto es mi cuerpo.

El anciano deposita el Cuerpo de Cristo sobre el altar, cierra los ojos y hace la genuflexión. Cuando los abre, el decorado le parece distinto:

> *El altar barroco es una mesa tosca; la oblea, una rebanada de pan; el cáliz precioso, una copa de cristal; el corporal, una servilleta de cuadros; la casulla bordada, una blusilla de calderero; los candelabros dorados, un humilde candil; la soledad del templo, un grupo de cristianos apiñados en torno al misterio. Todo parece más sencillo, más auténtico, más enraizado en la vida. Sólo la fe es*

la misma. Y las manos del presidente —de piel tersa y pulso firme— han hecho el mismo milagro: hacer presente en la comunidad la muerte y la resurrección del Señor. Este grupo de cristianos clandestinos que él pastorea a la sombra de la guillotina se alimenta y fortalece en este encuentro nocturno. Recuerda mucho a la última cena de Jesús con la cruz en el horizonte...

—¡Señor mío y Dios mío...! —suspira el monaguillo entre toques de campana.

—*Hic est calix sanguinis mei...* Éste es el cáliz de mi sangre...

La celebración prosigue a un ritmo menos tenso. Como si, una vez alcanzada la cumbre, se iniciara el descenso.

—*Memento etiam...* «Acuérdate, Señor, de María Dubourg, a la que hoy llamaste de este mundo a tu presencia... Acuérdate también de mis padres y familiares difuntos... Acuérdate de Antonio Cantau, David Monier, Luis Rothéa... y de todos los marianistas que han fallecido en el servicio de la Santísima Virgen... Nos han precedido en el signo de la fe y duermen el sueño de la paz... Concédeles el descanso eterno...».

El anciano se golpea el pecho.

—*Nobis quoque peccatoribus...* Y a nosotros, pecadores, que confiamos en tu infinita misericordia y no en nuestros méritos, dígnate elegirnos y aceptarnos en tu compañía y en la de tus seguidores... No permitas que nos separemos de ti.

Todo el canon ha sido un silencio habitado que se romperá al decir:

—... *per omnia saecula saeculorum.*

—Amén —responde el monaguillo aliviado, husmeando el final de la celebración.

El anciano hace las oraciones preparatorias a la comunión

con atención y esmero, se siente reconfortado interiormente por aquel que se ha hecho pan para dejarse comer.

Terminada la celebración, retorna a la sacristía precedido por el monaguillo. Hace una venia a la cruz, entrega el bonete y comienza a desvestirse.

Tres nombres para una Virgen

> En 1823, el Padre Chaminade declaró como fiesta patronal de la Compañía el Santo Nombre de María, reservando para la congregación el día de la Inmaculada. Durante toda su vida veneró con cariño las imágenes de Nuestra Señora del Pilar, de Verdelais y de la Roca.

Parece que el monaguillo no tiene prisas. Mientras el sacerdote se desviste, se atreve a preguntar:

—¿Qué imagen de la Virgen le inspira más devoción?

Al anciano le sorprende la pregunta. Deja la casulla sobre la mesa antes de contestar:

—Lo importante no son las imágenes, sino la persona. Por eso me parece que el nombre de María es la celebración que mejor compendia el misterio de nuestra Señora.

El monaguillo, queriendo justificarse, añade:

—Eso ya lo sé muy bien, pero ¿qué imagen venera con más cariño?

El anciano le mira con ternura.

—Son tres: la Virgen del Pilar, la de Verdelais y la de la Roca. Mira —dice señalando la mesa—, abre ese cajón y tráeme una cajita que debe de haber ahí.

El monaguillo cumple la orden. Revuelve un poco y, con mirada triunfante, se la entrega al anciano. En su interior hay unas estampas.

—Ésta es la Virgen del Pilar. A sus pies he pasado muchas horas en Zaragoza. La tradición cuenta que nuestra Señora se apareció allí al apóstol Santiago para alentarle en su misión. A mí también me animó en los años del exilio.

El monaguillo, cuya curiosidad es incansable, pregunta de nuevo:

—¿Por qué está la imagen colocada sobre una columna?

—Dicen que sobre ese pilar se apareció nuestra Señora al apóstol. En el fondo, eso es lo de menos... La Virgen está sobre la columna como guía y aliento de la Iglesia. Nos guía porque ya ha recorrido el camino, conoce sus dificultades, ha descubierto los veneros de agua viva y así nos conduce con mano experimentada. Nos alienta porque ha recibido en plenitud el hálito del Espíritu, y con su presencia maternal y su paso seguro nos anima a seguir detrás de Jesús. Además —dice sonriéndose de su propio ingenio—, desde encima del Pilar nos ve mejor y puede echarnos una mano.

Se hace un silencio que es casi oración. El monaguillo guarda las palabras en el corazón. El anciano le muestra otra estampa.

—Ésta es nuestra Señora de Verdelais.

—¿Eso no está cerca de Burdeos?

—Sí. A unas veinte leguas de Mussidan, donde hice mis estudios.

—¿Y por qué le gusta esa virgen?

—Cuando era pequeño —el monaguillo piensa: «No sé cómo se acuerda», pero sigue atendiendo—, un día, durante una excursión al campo, se desprendió una roca y me golpeó. Fue una herida seria. Estuve a punto de quedarme cojo. Mi hermano Juan Bautista y yo pedimos ayuda a la Virgen. Cuando los médicos ya no daban ninguna esperanza, María me devolvió la salud. Nos fuimos juntos a pie a Verdelais a darle las gracias. Desde entonces tengo mucho cariño a esa imagen. Actualmente

le estoy haciendo una novena por la curación de monseñor Donnet...

—¡Eso sí que sería un milagro! —comenta el joven escépticamente—. Me parece que el obispo no come los turrones...

El anciano hace como que no oye. Se limita a mostrarle otra estampa.

—Ésta es nuestra Señora de la Roca. Se venera en Mussidan.

—Un poco tosca la talla...

—Más bien... Lo importante es lo que el artista ha querido expresar. Fíjate: la Virgen sostiene sobre sus piernas el cadáver de Cristo, y al niño Jesús con el brazo izquierdo. Son los gozos y las sombras: las dos caras de la realidad. María está presente en los misterios alegres y dolorosos de la vida de Cristo y de cada uno de nosotros. Madre de Jesús y de su Cuerpo, que es la Iglesia, desde la cuna hasta la tumba, en la infancia y en la vejez, en los días de gozo y en las noches de luto, la Virgen nos va conformando a imagen de su Hijo Primogénito.

El anciano guarda las estampas en la cajita y la tiende al monaguillo. Su voz transmite una emoción especial cuando afirma:

—El creyente debe todo a María. La gracia del bautismo y de la educación cristiana. La gracia de la fortaleza y del valor en el combate. La gracia de la protección y defensa en la lucha. La gracia del consejo y discernimiento en la elección de estado de vida. La gracia de practicar el bien y evitar el mal. Todo lo que nos ayuda a mantener y avivar en nosotros la vida de Jesucristo nos viene de su ternura maternal. La Santísima Virgen enriquece al pobre, protege al tímido, desarma al violento, toca el corazón del ingrato y no abandona nunca a nadie.

—No abandona nunca a nadie —repite el chico como para sí—. No abandona nunca a nadie...

Luego coge del brazo al anciano e inician en silencio la vuelta a casa.

Raíces

El Padre Chaminade nació el 8 de abril de 1761 en Périgueux, casi a doscientos kilómetros de Burdeos. Era una ciudad amurallada de unos ocho mil habitantes, antigua capital de Périgord, edificada junto al río Isle.

Al entrar en la habitación, la corriente de aire ha empujado la ventana entreabierta y tirado por tierra una maceta colocada en el alféizar. El barro roto ha rodado por el suelo.

El anciano, un tanto contrariado, deja sus papeles sobre la mesa y se agacha para inspeccionar el pequeño desastre: el tallo se ha quebrado desperdigando una lluvia de hojas y las raíces han quedado a la vista.

«Menos mal —dice para sí—. Las raíces están intactas».

Tira el tallo a la papelera y va colocando tierra y raíces en un tiesto nuevo. Presiona suavemente, como si tuviera el corazón en las yemas, el sustrato vital.

«Rebrotará... Es sólo una poda imprevista... Ya decía mi madre: "Es preciso que duela para estar hermoso". Las raíces... sostén de la vida... ocultas y laboriosas... Toscas y oscuras, pero imprescindibles. Confundidas con la tierra, abrazadas a ella...».

El anciano sigue enfrascado en sus pensamientos:

Mis raíces están en Périgueux. Allí yacen mis muertos, confundidos con la tierra que los vio nacer. Allí están mi primer hogar, mis primeros pasos, mis primeras risas,

mis primeras canciones. Canciones de cuna, de escuela, de corro, de iglesia... Un pueblo que canta es un pueblo feliz. En Périgueux cantábamos mucho... Allí están mis primeros olores: a pan tierno, a telas nuevas, a maderas rancias, a tierra mojada, a tomillo y alhucema... En Périgueux las cosas olían a vida...

Périgueux, dédalo de callejas sinuosas y sombrías. Périgueux con sus placitas recoletas y calladas, como un respiro al sol. Périgueux rodeada por una muralla que se ha quedado estrecha, desbordándose por la alegre campiña como los niños al salir de la escuela. Périgueux de palacios grises y techos de pizarra. Périgueux abrazada por el Isle, que la riega, fecunda, refresca. Périgueux abierta por amplios bulevares por donde entra un aire nuevo a la vieja ciudad. Y, presidiéndolo todo, la catedral de Saint-Front con sus cúpulas numerosas, redondas, bizantinas.

Périgueux donde casi todos nos conocíamos. Habitada por hombres sencillos, alegres, trabajadores. Por mujeres recias, austeras, abiertas a una maternidad fecunda. Por artistas que trabajan el mármol, el cristal, la música. Por sacerdotes cercanos, entregados, abiertos al misterio de Dios.

Périgueux colocada bajo la protección de Saint-Silain, aquel alegre juglar que cambió la vihuela por la cruz y convirtió la diócesis en una coral polifónica donde cada uno aportó su música o su voz.

En Périgueux están mis raíces...

El anciano ha rematado su faena. Coloca la maceta en el alféizar y la riega con cuidado. Mientras se lava las manos, susurra:

«Rebrotará. No hay cuidado. Las raíces están intactas. Como las mías...».

El fiel Bidon

Juan Bautista Bidon nació en Burdeos en 1778. En su juventud fue tonelero. En 1801 ingresó en la congregación mariana del Padre Chaminade, donde fue responsable de la formación de la rama obrera. Durante las guerras napoleónicas fue obligado a alistarse en el ejército. Hizo la campaña de Italia y cayó prisionero de los austriacos. Una vez liberado, volvió a Burdeos, donde formó parte de la primera generación de marianistas. Salvo siete años en Clairac, vivió siempre en Burdeos, muriendo en la comunidad de Santa Ana en 1854.

Juan Bidon ha entrado en la habitación con un canasto de mimbre. Lo descubre y muestra su interior al anciano. En el fondo, sobre un lecho de paja, hay media docena de huevos. Sonríe satisfecho al decir:

—Son fresquísimos. Gordos. Recién puestos. Los he recogido de mañanita en el corral de Santa Ana y se los he traído para la cena.

—Gracias, Juan.

—Pero, padre, si no tiene importancia...

—Hay que agradecer siempre las cosas, por pequeñas que sean. Es algo que me enseñó mi madre. Un día, siendo muy pequeño, no le di las gracias por algo que me había dado. Se limitó a hacerme esta observación: «Mi regalo no debe de valer

nada, ni siquiera un gracias». Desde entonces aprendí bien la lección.

Juan deja el canastillo sobre la mesa y se sienta junto al anciano. Su rostro, curtido por el frío y el sol, tiene una apariencia saludable. Un pelo blanco y cuidado lo enmarca y ennoblece. Sus manos son grandes, trabajadas. Al hablar, las mueve con expresividad, como las gentes del Sur.

Mientras se acomoda, el anciano, casi de reojo, examina su atuendo. El recién llegado viste levita marrón y pantalón gris. Todo es de calidad discreta, más bien viejo, pero limpio. Exhala un aroma fresco como a menta o a yerbaluisa.

—Veo que, a pesar de los años, sigues echando una mano en casa.

—Un marianista —contesta con vehemencia el interpelado— no se jubila jamás. Siempre hay cosas que hacer para quien quiere hacerlo.

El anciano sonríe complacido. «Siempre fue así —piensa—. Hace casi cincuenta años que lo conozco y nunca se ha tomado un respiro. Es incansable». Y en voz alta responde:

—Con razón te llaman el fiel Bidon...

El aludido se sonroja levemente. Como pretendiendo excusarse por su laboriosidad, añade:

—Lo aprendí de mi padre. Al morir sólo me dejó el amor al trabajo y el oficio de tonelero.

—No está mal como herencia. Creo que el oficio te influyó un poco en todo...

—Es verdad. Ser tonelero, y perdone el atrevimiento, imprime carácter...

El anciano le mira a los ojos enarcando las cejas, como una invitación muda a explicarse.

—Verá. Es un oficio humilde, sencillo. No hay nada de relumbrón en ese trabajo y, sin embargo, toda la actividad económica de nuestra ciudad depende de él. Sin toneleros no habría burdeos, ese vino tan nuestro, rojo como la sangre y de un paladar tan especial. En parte su *bouquet* se debe a nuestro trabajo: es el roble el que le da ese sabor único —su tono de voz se ha ido haciendo cada vez más intimista. El tonelero está hablando desde el corazón y desde una experiencia de siglos—. Y no cualquier roble sirve. Hay que elegir bien las duelas. Buscar las vetas. Acariciar la madera hasta dejarla lisa, pulida, brillante. Calentar al fuego para darle la curva precisa. Ensamblar con minuciosidad, sin dejar huecos. Poner las cinchas de hierro que abrazan y sostienen... Y así, golpe a golpe, ir rematando el trabajo.

—Siempre fuiste un enamorado de tu oficio. ¿Cómo descubriste otras realidades?

—Yo era un simple tonelero cuando caí una tarde por la Magdalena. Fue usted el que me abrió los ojos y me invitó a trabajar otras maderas... Desde entonces me preocuparon más los nuevos odres que los viejos toneles.

—Con el tiempo —añade el anciano— llegaste a ser el primer marianista obrero.

—Prefiero decir que fui el primer obrero marianista... Antonio y yo iniciamos la aventura. En cualquiera orden tradicional hubiéramos sido unos simples legos. En la Compañía de María, aunque al principio nos sentíamos un poco inferiores, encontramos un trato igualitario y, sobre todo, un puesto en la misión.

—Y aplicaste al apostolado todo lo que sabías de tonelería —interviene el anciano llevando el agua a su molino.

Ahora es Juan el que sonríe. Conoce bien al sacerdote y sabe que está buscando su confidencia.

—Algo así. Se trataba de hacerse presente de una forma nueva entre los compañeros de trabajo. Ellos, al fin y al cabo hijos de la Revolución, estaban llenos de prejuicios ante una sotana. De mí se podían fiar. Me veían como uno de los suyos, de su clase, de su oficio. Me dedicaba a buscar sus vetas, a caldear

con paciencia su corazón, a ensamblarlos con otros compañeros, a ayudarles a descubrir la necesidad de una estructura que les permitiera permanecer unidos... Y así, golpe a golpe, se hacían toneles nuevos para el vino nuevo.

—Y apóstoles para la misión —completa el anciano.

—Sí, claro —hace una pausa para cambiar el tercio y prosigue—. Cuando los años me impidieron mover tablones y simplemente me entretengo echando una mano en casa, sigue vivo mi compromiso en la misión.

—Por supuesto: un marianista no se jubila jamás —sonríe maliciosamente el anciano al repetir las palabras de su interlocutor—. Desde la retaguardia se colabora poderosamente a extender el Reino de Dios. Como un nuevo san José, ayudas y sostienes en su ministerio a los hijos de la Sagrada Familia. ¡Tu misión es muy hermosa!

Las palabras del anciano han puesto alas en el corazón y en los pies del fiel Bidon. Se levanta como si una urgencia inaplazable le obligara a acudir precipitadamente a otro lugar. Dice a modo de despedida:

—Voy a dejar el canasto en la cocina. Hasta pronto y buen provecho.

—No tendré que esperar a la noche. Tu presencia ya ha empezado a alimentarme el corazón.

Un cura arrepentido

Narciso Roussel había nacido en Orgelet en 1813. Ingresó en el noviciado de la Compañía de María en 1835 y profesó al año siguiente. Tras estudiar teología en Burdeos, fue ordenado sacerdote en 1838. Nombrado superior de Saint-Hippolyte, su conducta escandalosa hizo que el Padre Chaminade lo destinara a Burdeos, donde podía controlar mejor sus movimientos. El Consejo General, ignorando sus faltas y tendencias, lo nombró Asistente de Instrucción en 1839. Participó en el Capítulo General de 1845 pero no fue reelegido para el cargo. Abandonó la Compañía al año siguiente, y posteriormente se trasladó a California, donde murió en 1885.

El hermano encargado de la portería entra en la habitación del anciano llevando el correo.

—Padre, acaba de llegar una carta para usted. Tenga.

—Gracias. ¿Podrías remover el brasero? Hace frío esta mañana.

El hermano realiza el servicio solicitado y abandona la habitación. El anciano mira la carta: no tiene ningún remite. Le tiemblan las manos cuando reconoce la letra del que fue su secretario y asistente. El sobre dice escuetamente:

M. Guillermo José Chaminade
2, rue Lalande
Bordeaux

Con las manos trémulas lo abre. Los nervios asoman a sus pupilas cansadas. Devora más que lee:

Mi querido padre:

Aprovecho el día de la Inmaculada, esta fiesta tan entrañable para todos nosotros, para abrirle el corazón. Los años pasados y la distancia que nos separa me hacen sentirme más libre para ser sincero. Llevo ya un tiempo trabajando pastoralmente en la diócesis de Saint-Claude, adonde he venido huyendo hacia adelante de un pasado demasiado pesado. La acogida fraternal del obispo y de los hermanos en el sacerdocio me ha ayudado a dejar atrás una etapa de la vida de la que me siento avergonzado y que confío a la misericordia de nuestro Señor.

Me acuso de haberle traicionado, de haber engañado al arzobispo y de haber defraudado la confianza de mis hermanos. Mis palabras no pueden expresar lo que mi corazón encierra de pena y de vergüenza. Le engañé cuando ingresé en esa santa Compañía ocultando ese aguijón en la carne que me llevaba muchas veces a hacer lo que no quería. Sabía que el pecado acechaba a mi puerta, que venía por mí, y me creí con fuerzas para dominarlo. Confié más en mí que en la gracia de Dios. El resultado ya lo conoce...

No sé cómo expresarle mi agradecimiento por el cariño y comprensión con que me trató después de los incidentes de Saint-Hippolyte. Su silencio y discreción hizo que el padre Caillet, desconociendo el problema, me nombrara padre maestro en Santa Ana. Sentí un vértigo profundo, pero no el valor necesario para confesar al Superior General

mis tendencias. Las cosas se desencadenaron, probablemente, contra mi voluntad, y ya sabe los tristes acontecimientos.

Y usted seguía callado. Solamente en privado me pedía enérgicamente que presentara la dimisión y me animaba a superar mis tendencias, a tomar medidas, a confiar en el poder transformante de la penitencia y la oración.

Ahora he comprendido de dónde nació esa animadversión que se tradujo en lucha despiadada contra usted. Hice todo lo posible por eliminarle del cargo de Superior General, y contribuí, incluso con la calumnia y la mentira, a hacerle pasar un calvario. Este odio era mi respuesta a tanta comprensión y perdón. Ya ve hasta qué niveles llega la podredumbre de mi corazón.

Cuando la cosa se filtró a un sector de la Compañía, le confesaré que, al principio, estaba tan aterrorizado que por dos veces estuve al borde de la desesperación. Quería colgar la sotana y, como un nuevo Judas, no atentar contra mi vida, pero sí ir a esconder mi vergüenza en París, abrazando el primer camino que se me presentara. No se puede imaginar lo doloroso de la situación. Qué razón tiene la afirmación «El corazón de un mal sacerdote es ya, aquí abajo, un infierno anticipado».

Afortunadamente, el Capítulo no me reeligió para el cargo. Con la excusa de que no resulta agradable estar abajo cuando se ha estado tan arriba, abandoné la Compañía de María. Fue una salida airosa. La verdad es que no podía soportar la convivencia con hombres que conocían mi pecado o habían sufrido sus consecuencias.

Desde entonces fui dando tumbos por diversos lugares y parroquias. Un día me acerqué al santuario de Nuestra Señora de las Victorias. Hice una confesión general con el padre Degenettes y experimenté a fondo el perdón mise-

ricordioso de Dios. Creo que mi vida empezó a cambiar, pero ya no confío en mis fuerzas, sino en las del Señor.

Si no hubiera hecho tanto daño a usted y a la Compañía, hubiera pedido la readmisión. Sé que no puede ser, pero confío en su perdón.

Termino expresándole mi más vivo reconocimiento y el respeto sin límites, con los que me gustaría ser, el resto de mi vida, su indigno pero respetuoso hijo.

P. Narciso Roussel.

Hay lágrimas en los ojos del anciano mientras lee y relee la carta. Cuando casi se la sabe de memoria, la rompe en pedazos mientras piensa: «Hay más alegría por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse». Y por dentro le va brotando como un burbujeo que es una fiesta por este hijo que se había muerto y ha vuelto a la vida, que se había perdido y ha sido encontrado.

Teresa

María Teresa de Lamourous nació en Barsac el 1 de noviembre de 1754. Murió en Burdeos el 14 de septiembre de 1836. Fundó, bajo la dirección del Padre Chaminade, las Hermanas de la Misericordia, dedicadas a la reinserción de prostitutas. Fue declarada venerable por Juan Pablo II el 21 de diciembre de 1989.

El anciano se ha acercado al anaquel de libros. Ha tomado la autobiografía de santa Teresa y se ha sentado en el sillón, abrigando sus piernas octogenarias con una manta.

Al abrir el libro, una hoja amarillenta se ha escurrido en su regazo. La coge con curiosidad. Es un dibujo a plumilla. Representa una barca sin remos, una cruz por timón, un corazón en la popa y una inscripción en su flanco: «La Providencia me conduce». En el reverso, una mano femenina ha escrito:

No todo se ha perdido.
La diestra del Señor está entre nosotros.
Señor, ¿qué quieres que haga?
¿Te gustaría que me embarcase
en una barca sin remos?

Teresa de Lamourous, 1796.

El anciano ha contemplado la imagen, leído las frases y musitado a media voz:

«¡Qué corazón tan grande en un cuerpo de mujer!».

Del fondo de su retina han brotado imágenes sucesivas de Teresa de Lamourous: una joven decidida enarbolando la bandera de la Revolución; una señora madura, de rostro ovalado, con traje y chal negros, tocada de blanco; una anciana frágil, pero enérgica, al frente de la Misericordia... Todos los retratos reflejan siempre a una mujer entregada, comprometida, alegre, de rostro pálido y corazón encendido.

Su mirada incide de nuevo en el dibujo. Su mente cavila:

Una barca ligera... Así era Teresa. De proa pronunciada, ávida de mares profundos, siempre dispuesta a partir hacia puertos ignotos. Sin lastre apenas, con vocación de aventura y sueños imposibles.

Una barca sin remos... Así era Teresa. No los necesitaba. Surcó los mares a impulsos del Espíritu. No se marcó nunca el rumbo. Desplegó sus velas, rastreó cualquier viento, cualquier brisa y se dejó llevar... El soplo del Espíritu la condujo a puertos que nunca hubiera elegido ni soñado, y la fue liberando de todo egoísmo hasta alcanzar la libertad de los hijos de Dios.

Una barca con una cruz por timón... Así era Teresa. El impulso del Santo Espíritu la fue configurando con la cruz del Salvador. Encajó con paz y gozó las dificultades, las críticas internas y externas, la persecución y la cárcel, la vida entre unas mujeres por las que inicialmente sentía una repugnancia interior... Así era Teresa: un cristo sonriente en la cruz de cada día.

Una barca bautizada con el nombre La-Providencia-me-conduce. *Así era Teresa. Puso toda su vida al servicio del Reino, y todo lo demás le fue dado por añadidura. Admitió chicas cuando no tenía más camas, dio de comer cuando no había pan, creó puestos de trabajo en un mundo en crisis, compró casas sin poseer un franco, apostó por la libertad de mujeres encadenadas... Sabía de quién se había fiado y a qué puerta llamar...*

Y en la barca, un corazón... Así era Teresa. Un corazón navegante dispuesto a acudir ligero donde hubiera una necesidad. Un corazón abierto y disponible, sensible y fuerte, exigente y maternal, misericordioso y liberador, universal y concreto... Un corazón como el de Dios: compasivo y clemente, paciente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad, leal... Quizá por eso la llamaban Buena Madre, *aunque ella prefirió ser, simplemente,* la señorita Lamourous...

Ella fue para Burdeos el brazo de Dios. Gracias, Teresa, por haber dicho sí. Gracias por aquella tarde en que habíamos ido a visitar juntos el hogar de acogida y me despediste con un «Buenas noches. Yo me quedo».

Primogénito y rebelde

Juan Bautista Lalanne nació en Burdeos en 1795. Hechos sus estudios primarios, inició la carrera de medicina y se incorporó a la congregación. El 1 de mayo de 1817 se puso a total disposición del Padre Chaminade para fundar la Compañía de María. Tras el noviciado hizo su profesión en 1818, iniciando su labor apostólica en la Institución Santa María, de Burdeos. Fue sucesivamente superior de la Magdalena, Gray, Saint-Remy, Burdeos y Layrac. Estuvo unos años exclaustrado, para hacer frente a las deudas contraídas, y aprovechó la oportunidad para introducir la Compañía de María en París (1852). La dirección del colegio Stanislas, en París (1855-1871), fue la obra de su vida. Murió en Besançon en 1879.

Juan Bautista Lalanne lleva ya un buen rato en la habitación del anciano. Es un hombre de unos cincuenta años, frente pronunciada, cabellos escasos y grises, nariz prominente, ojos vivos, cejas pobladas. Viste una sotana amplia que disimula, en parte, su volumen y estructura. En su rostro y en sus ropas se vislumbran las huellas de un largo viaje.

En la conversación han ido repasando sus actividades en Saint-Remy, sus realizaciones innovadoras en pedagogía y pastoral, sus años vividos fuera de la Compañía, su trabajo actual en el seminario de Beauveais... Ha sido una charla ágil, chispeante, a ratos profunda, a ratos divertida. Se percibe una larga relación, un cariño recíproco, una confianza compartida que los problemas de los últimos años no han logrado destruir.

Juan Bautista se ha interesado por la situación de la Compañía, gobernada a la sazón por el padre Jorge Caillet. El Instituto acaba de ser dividido en cuatro provincias —Midi, Burdeos, Franco-Condado y Alsacia—, y consta de unos ciento cincuenta religiosos y cuarenta y cinco casas, algunas de ellas en Suiza.

El anciano, con un tono de voz que refleja dolor y esperanza, comenta:

—Tocamos fondo y hemos empezado a superar la crisis. Realmente estos años han sido una auténtica criba.

—La poda es dolorosa pero necesaria. Sacrificando algunas ramas, el árbol adquiere nueva vitalidad y sus frutos son más abundantes.

—Lo malo —dice el anciano con expresión de amargura— son los brotes malogrados por la falta de pericia del podador.

Un silencio espeso ha seguido a la última afirmación. Unos niños pasan corriendo por la calle llenándola de gritos y vida. Cascabeles y cascos de una calesa tambaleante llegan desde el empedrado exterior. Cuando la paz se rehace en la calle y los corazones, el anciano retoma la conversación:

—De todas formas no hay nada que temer. La Compañía es la obra de María y ni siquiera uniendo todas nuestras manos seríamos capaces de borrarla de la sobrehaz de la tierra.

Juan Bautista asiente en silencio. Luego añade:

—La verdad es que no estoy muy seguro de haberme dado cuenta, al principio, de lo que se estaba poniendo en marcha. Sólo con el paso de los años, al ir releyendo la experiencia de la fundación, he ido descubriendo lo ambicioso del proyecto y la hermosura de nuestra vocación.

—Eso os lo he repetido mil veces —responde el anciano con un cierto sonsonete de maestro de escuela—: Nuestra obra es

magnífica, grandiosa. Si es universal, es porque somos los misioneros de María, que nos ha dicho: «Haced lo que él os diga».

—¡Qué misteriosa elección...! ¡Qué sagrado compromiso...!

—¿Puedes concebir las cobardes deserciones que hemos tenido que lamentar? ¿Puedes entender la indiferencia apática de algunos? ¿Puedes imaginar que uno no se sacrifique por María, que ha querido darnos un puesto tan importante en la misión?

Las preguntas del anciano han ido martilleando la cabeza y el corazón de Juan Bautista. Se siente aludido y se reconoce entre los que han dificultado el desarrollo de la Compañía. Hay humedad en sus ojos cuando afirma:

—Perdóneme, padre. Uno de esos hombres soy yo. He sido un rebelde y un traidor.

—Rebelde y primogénito —dice mientras le palmea las espaldas—. Al fin y al cabo, sin ti el proyecto nunca se hubiera puesto en marcha...

Por la retina y el corazón de los dos hombres pasan escenas de hace una treintena de años. Juan Bautista tiene la voz velada cuando evoca:

—Fue en una habitación semejante a ésta. Un primero de mayo luminoso y alegre como una mañana de Pascua. Yo era sólo un soñador lleno de ilusiones... Entonces le confesé que la medicina se me había quedado pequeña, que deseaba ser médico de cuerpos y almas, que no me veía en ninguna orden tradicional, que me gustaría llevar una vida como la suya...

—Aquel día se me saltaron las lágrimas... En aquel tiempo yo ya era un hombre curtido por las dificultades, el exilio y la Revolución, que casi nunca manifestaba sus sentimientos... Los años me han hecho más sensible —el anciano saca un pañuelo y se seca los ojos—. ¡Pero si estoy llorando de sólo recordarlo...!

—Fue un día altamente memorable que no olvidaré jamás.

—Era la hora que yo esperaba desde hacía muchos años. La voluntad de Dios se hizo manifiesta y llegó el momento de

poner en obra los designios que Él me había inspirado treinta años antes.

—Aquel día soñamos juntos... Soñamos con hombres de cuatro cuarterones con una profunda vida interior... Soñamos con comunidades comprometidas en poner de manifiesto que el Evangelio se puede vivir hoy con todo el vigor de su espíritu y su letra... Soñamos con religiosos de apariencia seglar, mezclados entre los hombres, pero profundamente entregados a la multiplicación de cristianos y comunidades... Soñamos con odres nuevos para el vino nuevo...

El anciano ha sacado otra vez el pañuelo de la faltriquera y se ha secado los ojos. Tras una pausa que es una meditación compartida dirá con un tono que manifiesta una convicción profunda:

—Sí. Fue un sueño inspirado por la Virgen Inmaculada, a quien Cristo ha reservado su última victoria sobre el mal: *Nova bella elegit Dominus*...

—Fue un sueño y un desafío. Necesité algún tiempo para asimilarlo. Cuando al final me decidí a compartir el proyecto con Juan Bautista Collineau, salí enardecido y confortado: él también estaba dispuesto a iniciar la aventura. Augusto Perrière, que por entonces era profesor y tenía una buena situación económica, también se entusiasmó con la idea. Éramos una trinidad creativa y creadora...

—Yo, por mi parte —interrumpe el anciano—, le conté el proyecto a Juan Bidon, que sólo vivía para la rama obrera de la congregación. Se entusiasmó. Antonio Cantau y Domingo Clouzet pronto estuvieron dispuestos a dejar toneles y negocios por seguir a Jesús... El último en incorporarse fue Bruno Daguzan.

—Y empezamos a reunirnos en San Lorenzo para concretar el proyecto. Y en pocos días nos fuimos acoplando. Sólo cuando estábamos todos, siete varones apostólicos, siete sacramentos de

la presencia de Dios, la vida resplandecía en plenitud. Y la vida se expresó en un ideal común: formaríamos una orden religiosa con el fervor de los primeros tiempos; estaría integrada por laicos y sacerdotes en igualdad de derechos, se abriría a todas las obras apostólicas, estaría consagrada a la Santísima Virgen... Fueron sueños de un verano inolvidable...

—Por aquellos días empezó a formarse en mis entrañas el hombre que no muere... Era un germen, una semilla, una esperanza... Ya podía morir en paz, porque el Señor no había olvidado su promesa y empezaba a cumplirla...

El anciano no puede contenerse: de sus ojos brota un torrente de lágrimas que, sorteando las arrugas del rostro, se pierden en su sotana. Juan Bautista le estrecha la mano y permanecen en silencio en comunión profunda de sueños y sentimientos. Sólo cuando la crecida va en retroceso dirá:

—Y empezamos a buscar un piso. Recuerdo con cariño la casa de la calle Ségur. Su pequeño jardín, el dormitorio común, la cocina tan estrecha... Olía a Nazaret. Las cosas grandes siempre tienen un comienzo pequeño. Van adelante si se las rodea de ternura, ilusión y cariño. Como la vida de un niño.

—El primero en irse a vivir a la comunidad fue Augusto. Domingo lo hizo en enero.

—Yo no me pude ir hasta Pentecostés. Al principio me tuve que contentar con ir por la casa los miércoles y los viernes. Eran encuentros que llenaban mi corazón de ilusión y de sana envidia...

—Quizá te chocó que, siendo tú el único clérigo, nombrara como superior a Augusto...

—No olvide, padre, que somos hijos de la Revolución... —dice Juan Bautista iniciando una carcajada.

—Me parecía importante que desde el principio quedara claro que ser sacerdorte en la Compañía no suponía ningún privilegio.

—Lo que sí me extrañó fue que usted no se viniese a vivir con nosotros.

—No era prudente. Yo no me debía sólo a vosotros, sino a todas las obras que funcionaban en torno a la Magdalena y a las Hijas de María Inmaculada.

Las campanas de una iglesia tocan al ángelus. Juan Bautista se da cuenta del tiempo transcurrido:

—Me voy volando. Quiero coger la diligencia de París.

Cuando el padre Lalanne, envuelto en su manteo, abandona la estancia, el anciano está visiblemente contento. Se siente orgulloso de su hijo primogénito que tanto le ha hecho sufrir. Exclama como en un suspiro:

—Hijo de mis venas.

COMPAÑÍA DE MARÍA PROV. ZARAGOZA
ARCHIVO PROVINCIAL
MARIANISTA

La llaga que no cesa

Catalina Béthon nació en Périgueux, en 1720, en el seno de una familia de comerciantes. Contrajo matrimonio con Blas Chaminade el 19 de febrero de 1743 en la parroquia de Saint-Silain. Tuvo catorce hijos, el más pequeño de los cuales fue Guillermo. Mujer profundamente religiosa, siguió con dedicación y esmero la educación de sus hijos. En 1792 el matrimonio se trasladó a Burdeos, a la viña de San Lorenzo, donde ella falleció dos años más tarde. El Padre Chaminade guardó durante toda su vida un cariño entrañable por su madre y le gustaba recordar sus palabras y anécdotas.

Al ir a rezar la liturgia de las horas, el anciano detiene su mirada en un recordatorio, orlado de luto, que se sabe de memoria. Dice simplemente:

Rogad a Dios en caridad
por el alma de
doña Catalina Chaminade,
de soltera Béthon,
esposa que fue de
don Blas Chaminade.
Fallecida en Burdeos
el 2 de marzo de 1794

a los 74 años de edad.
Sus desconsolados esposo, hijos,
nietos y demás familia ruegan
una oración por su alma.

Una oración y unas jaculatorias enriquecidas con indulgencias por el ordinario del lugar completan el texto.

El anciano las reza con atención. Terminada la plegaria, cierra el breviario y abre el corazón:

Madre, revuelo de faldas, remanso de ternura, mirada de misericordia, caricia serena y serenante... Madre, sintonía en el silencio, entrega en el desinterés, asilo en el regazo, espera en la esperanza... Madre, recuerdo del pasado, sostén en el presente, fuerza para el futuro.

Estuvo en mi vida, cercana y atenta, respetando siempre mi libertad y mi misterio. Para ella fui siempre Minino, *sin darse cuenta de que los años se acumulaban en mis espaldas y de que había dejado de ser un gatito ronroneante. Ilusionada con mi vocación, supo renunciar a mi compañía para que pudiera entregarme a una Iglesia que amaba. Recuerdo su adiós, con los ojos secos y el corazón traspasado, el día en que partí para el seminario. Y su oración diaria por mí, sus cartas frecuentes, sus visitas espaciadas... Y las vacaciones, aquel reencuentro anual que nos fundía en un abrazo emotivo y emocionante...*

Aprendí a ver el mundo a través de sus ojos: a amar lo que ella creía, a creer lo que ella esperaba, a esperar aquello por lo que ella luchaba. Durante años miramos la vida desde el mismo ángulo... Cuando el tiempo fue matizando mi percepción de la realidad, siguió quedando

ese poso común que nace de haber aprehendido el mundo por primera vez desde los brazos de la mujer que te dio el ser.

Su muerte puso lágrimas en mi rostro y abrió una herida profunda en mi corazón. Tuve el consuelo de cerrar sus ojos y de echar sobre su cadáver la tierra que la devolvía a sus orígenes y me dejaba huérfano de una presencia, de una ternura, de una razón.

Dar tierra fue mi último gesto de cariño por su cuerpo cansado. Una tierra regada con lágrimas calientes y flores frescas en un esfuerzo inconsciente por infundir ternura a la dureza del momento.

Al mirar la losa que cubría sus restos, me di cuenta de golpe de que algo muy querido quedaba enterrado para siempre: su entrega en la lucha, su regalo en la sonrisa, su profundidad en el compartir, su ternura en la caricia... Con los ojos vidriados abandoné aquel lugar sintiendo una orfandad lacerante que ni lágrimas ni abrazos lograban aliviar.

Desde entonces tengo en el corazón una llaga que no cesa... Algunos amigos quisieron consolarme diciendo que el tiempo lo cura todo. Pero no es verdad. Otros argumentaron que el ministerio apostólico me haría olvidarla. Pero no es cierto. Los más piadosos afirmaron que Dios llenaría ese hueco. Pero no tenían razón. Ni el tiempo, ni los otros, ni Dios pueden compensar la ausencia de un ser querido. Ni siquiera debemos intentarlo. Aunque al principio resulte duro, es un gran consuelo: mientras la herida siga abierta, permanecemos unidos a la persona que con su partida la provocó. Dios no cierra ese hueco: lo conserva abierto para que mantengamos nuestros antiguos lazos, aunque sea en el dolor.

Ella dejó una huella profunda en mi ser. Una huella imborrable hecha de comunicación profunda, de cariño

entrañable, de sueños entrelazados, de valores compartidos, de fe vivida. Una huella que, a pesar de los años, permanece viva y actual. Gracias a su forma de amarme, comprendí la misión de María en la Iglesia, hecha de preocupación personal, presencia discreta, educación en el respeto... Gracias a esa huella creo que aún no ha muerto del todo. Quizá los difuntos sólo mueren de veras cuando desaparecen los que los amaron...

Su muerte arrancó algo de mí. Quizá por eso resultó tan doloroso enterrarla: un trozo de mi corazón quedó sepultado en su tumba. Desde entonces siento una cierta orfandad, un cierto desamparo, como si parte de mis ilusiones y esperanzas hubieran quedado inhumadas con su cadáver bajo el manto de la tierra.

Este desgarrón ha trasladado algo de lo mío al más allá de Dios. Lo mejor de mi vida ha resucitado ya... En cierto modo, parte de lo mío ha empezado a gustar el sabor de la eternidad.

Todo esto me reconforta cuando echo de menos su voz, su ternura, su presencia. Desde la eternidad impenetrable de Dios ha ido colocando a mi lado personas que velan mis sueños, comparten mis ilusiones, hacen presente su cariño. Al otro lado de la frontera, recuerda constantemente mi nombre ante el rostro vivo de Dios.

Quizá todo esto es parte de lo que confieso cuando profeso: «Creo en la vida eterna...».

La causa de los pobres

Víctor Chaminade (1814-1877) fue el octavo hijo de Francisco (1755-1844), hermano del Fundador. Había nacido en Périgueux y, en 1824, creyendo tener vocación, ingresó en el postulantado marianista de San Lorenzo. Tras el debido discernimiento volvió a su ciudad natal. En torno a 1840 se trasladó con su familia a Burdeos, donde se mantuvo en contacto con su tío. Estuvo presente en su muerte y entierro.

—Hola, tío Guillermo. Buenas tardes.

Con una sonrisa en los labios Víctor Chaminade ha avanzado hasta el sillón del anciano. Tras besarlo, ha tomado asiento con la naturalidad de un visitante asiduo.

—¿Cómo estás?

—Estoy sentado —responde el anciano en un inesperado golpe de humor. Luego se extiende en un minucioso informe de males y dolencias.

Víctor escucha distraídamente, sin prestar excesiva atención al parte habitual. Es un hombre de mediana estatura, complexión fuerte y aspecto juvenil. Viste con discreción y mira con sagacidad.

—... así que no me puedo quejar —concluye el anciano. Mira a su sobrino y descubre en su rostro un aire absorto—. ¿Te pasa algo? Te veo preocupado.

—Más que preocupado, molesto. Molesto con la Administración General de los marianistas —hace una pausa y luego prosigue—. Sé que comentan que, alojando en mi casa a Juan Ramonet, pretendía influirte para que testaras en mi favor. Bien sabe Dios que lo acogí porque tú me lo pediste. Incluso algunos se atreven a decir que mis visitas a esta casa son interesadas... Comprenderás que estos comentarios no me hacen ninguna gracia.

—Te comprendo —responde el anciano con un aire de tristeza—. Me duelen mucho estas cosas. La lengua es un órgano pequeño, pero es como un fuego capaz de incendiar un gran bosque. Siendo uno de nuestros órganos, es capaz de envenenar todo el cuerpo. Tiene razón la Escritura: «En el mucho charlar no faltará pecado; quien se muerde los labios es discreto».

—Ciertamente. Y también el refrán: «Calumnia que algo queda...».

—Desgraciadamente es así, pero no debes inquietarte. Tengo las cosas muy claritas y sé muy bien a quién va a beneficiar mi dinero. Por muchas presiones que sufriera, no pienso cambiar de opinión.

Víctor se queda pensativo. La curiosidad vence a la discreción cuando pregunta:

—Tío Guillermo, ¿se puede saber a qué viene todo este lío del testamento?

—Contigo no tengo secretos. Verás. En 1822 hice testamento nombrando al padre Caillet heredero general y universal. Sólo dejaba unos pequeños legados a tu padre, a tía Lucrecia y a María Dubourg. Pensé que esta fórmula expresaba mi viejo propósito de legar todos los bienes a la Compañía de María, sin olvidar los deberes de familia y hacer justicia a una mujer que gastó su vida a mi servicio. Cuando murió mi hermana, allá por el año 30, hice una segunda versión suprimiendo su parte.

—Si todo estaba atado y bien atado desde hace años, ¿por qué has hecho ahora un nuevo testamento?

—Siempre he creído que mis bienes eran de los pobres. Al fundar la Compañía, mi intención era que su compromiso fuera siempre en favor de los más débiles. Legarle mis bienes era una forma de entregarlo a los necesitados —el anciano hace una pausa, luego prosigue con un deje de amargura—. Desgraciadamente, bajo el gobierno del padre Caillet las cosas evolucionan en otra dirección: yo no quiero que mi dinero se ponga al servicio de otras causas. Eso fue lo que me llevó a nombrar como heredero universal mío a los hospicios de Burdeos. Era una forma de asegurar que se iban a dedicar a atender a los más débiles.

Víctor ha acogido en silencio emocionado las confidencias del anciano. Por fin ha comprendido por qué él y sus hermanos han sido eliminados de la herencia. Siente que le invade una profunda ternura y pregunta con voz vacilante:

—Tío, ¿siempre te ha preocupado el tema de la pobreza?

—Desde mi más tierna infancia. Siendo muy joven, hice voto de pobreza. Era una forma de decir que Dios era mi única riqueza y de comprometerme en la construcción de una sociedad libre, igualitaria, fraterna. Había descubierto esas cosas mucho antes de que tomaran la Bastilla...

—Sigo sin ver el sentido de elegir la pobreza.

—Sólo se puede comprender desde la fe. Amo la pobreza porque mi Señor se hizo pobre para enriquecernos y eligió a los pobres para realizar las maravillas de su poder. Por eso he procurado vivir con sencillez y austeridad, y a veces casi en la miseria. En Zaragoza, cuando el exilio, tuve la oportunidad de convivir con las tres terribles hermanas: pobreza, inseguridad, humillación. Y aunque te cueste creerlo, era profundamente feliz...

—Quizá por eso has intentado que congregantes y religiosos vivieran austeramente...

—Lo he intentado —dice el anciano suspirando—, pero me

temo que he fracasado... Mientras la Compañía de María se preocupó por conservar el espíritu primitivo, pudo dar al mundo el testimonio de un pueblo de santos, probando que el Evangelio se puede vivir hoy, como en la Iglesia naciente, con todo el rigor del espíritu y la letra. Cuando la Compañía...

El anciano deja la frase en el aire. La congoja le oprime el alma. Víctor mira a su tío con cariño, intentando hacer suyo su dolor. El silencio es espeso entre los dos.

—¿Sabes qué? —y, sin esperar respuesta, el anciano continúa con un tono enérgico y rotundo—. ¡Prefiero que la Compañía de María desaparezca antes que verla relajada en materia de pobreza! ¿Crees que en conciencia puedo legar mis bienes a una congregación que ya no es la que yo he fundado y gobernado?

Víctor queda sobrecogido por el tono del anciano: está expresando convicciones muy profundas. Sabe muy bien lo que ha representado en su vida la Compañía, y empieza a intuir lo que para su tío supone la pobreza...

El anciano coge una cajita de rapé que hay sobre la mesa. Impregna el dedo índice y se lo acerca a la nariz. Estornuda repetidas veces y parece que se siente más tranquilo. Luego, con serenidad recobrada, continúa:

—Cuando el padre Caillet se empeñó en que anulara el último testamento, nombré al padre Ramonet para intentar una conciliación amistosa, evitando un juicio. Como él se alojaba en tu casa, empezaron a hablar mal de ti...

—Ya. Es lo que te comentaba al principio...

—Mi deseo es restablecer por las buenas la armonía en la Compañía. Pero esta armonía no se puede conseguir a costa de mi conciencia: mis bienes están al servicio de la causa de los pobres. Los que por exigencia de mi trabajo han estado a mi uso deben ser devueltos a sus legítimos propietarios...

—Te he oído en algún sermón que la limosna no existe: es simplemente devolver a los pobres lo que les hemos robado...

—Eso no es mío, lo decían ya los Padres de la Iglesia.

Víctor mira al anciano a los ojos y se queda pensativo. Sin mediar palabras, se levanta y lo besa con ternura. Cuando salga a la calle, sentirá un peso en el alma.

Cuando el anciano se ha quedado solo, busca con manos temblorosas su ejemplar del testamento:

> *En el nombre de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el nombre del Padre que me ha creado, del Hijo que me ha rescatado con su sangre, del Espíritu Santo que me ha otorgado la abundancia de su gracia. En presencia de la Santísima Virgen Inmaculada, madre de Jesucristo, mi Salvador, y de su esposo san José, yo, Guillermo José Chaminade, sacerdote, aunque indigno, de la Iglesia católica, en cuyo seno he vivido siempre y en el que quiero decidida y expresamente morir, con la gracia de Dios:*
>
> *Hago testamento conteniendo mis últimas voluntades, que quiero sean inviolablemente cumplidas después de mi muerte y que consigno a continuación:*
>
> *Dono y lego todos mis bienes muebles e inmuebles y efectos mobiliarios, cualesquiera en que puedan consistir y sin restricción ni reserva alguna, a los hospicios de beneficencia de Burdeos, representados por sus señores administradores que lo dirigen...*
>
> *Revoco y anulo todo testamento anterior al presente.*

Al concluir la lectura, el anciano se siente satisfecho: la causa de los pobres está asegurada. Repite para sí: «Revoco y anulo todo testamento anterior al presente».

La escuela, una misión

> Bernardo Laugeay, nacido en Burdeos en 1796, ingresó en la Compañía de María en 1818, tras unos años de compromiso apostólico en la congregación del Padre Chaminade. Fue el fundador de la primera escuela marianista en Agen. El Fundador, habiendo descubierto sus capacidades, lo envió posteriormente a fundar en Villeneuve (1823), Colmar (1824), Sainte-Marie-aux-Mines (1828), Brusque (1842) y Cordes (1844). Murió en 1848 tras una vida consagrada al apostolado de la educación. Fue bueno, entregado, delicado, profundamente religioso.

El anciano está concentrado ordenando sus pensamientos. El hermano Juan Bautista Lamotte, que le sirve de amanuense, ha mojado la pluma en el tintero y espera impaciente. «Este hombre es tan lento...», piensa. Cuando se inicie el dictado, se revelará como un ágil escribano de caligrafía cuidada.

El anciano carraspea y va pronunciando sin prisas, como saboreando sus propias palabras:

Bernardo Laugeay
Cordes

Mi querido hijo:

Mi carta quiere ser una sincera felicitación por estas cuatro décadas consagradas a la educación. Cuarenta años

de entrega a una labor oscura y callada bien exigen una acción de gracias a Dios por tu vocación, y a ti por no haber regateado esfuerzos ni generosidad. Sin tu trabajo, creativo y organizador, algunas de nuestras escuelas no serían lo que son.

Creo que este jubileo puede ser una buena ocasión para que autoevalúes tu trabajo como educador marianista. Pararse, pasar por el tamiz la labor realizada, y relanzarse, con el corazón renovado, a la misión que se te ha encomendado.

Sabes bien cómo valoro la tarea educativa. Descubro en ella mil posibilidades para nuestra misión. Evidentemente, no debe ser la única que debe ocupar a los marianistas, que, como me has oído repetir mil veces, deben estar abiertos a toda obra que contribuya a multiplicar cristianos y comunidades.

Entiendo por educación cristiana el conjunto de todos los medios por los que se puede insinuar el Evangelio en el espíritu y en el corazón de los hombres, y llevarlos así, desde la infancia hasta la ancianidad, a la profesión de un cristianismo exigente y comprometido. ¡Cuánto bien puede hacer un religioso educador verdaderamente enamorado de su vocación evangelizadora!

Nuestra dedicación a la enseñanza es una respuesta concreta a las palabras de María: «Haced lo que él os diga». *A cada uno de nosotros ha señalado la Santísima Virgen una parcela para trabajar en la salvación de los hombres. Somos los misioneros de María, por eso nos dedicamos a todas las clases sociales, sexos y edades, pero preferimos a los pobres y a los niños, a ejemplo de nuestro Señor. Jesús, que ha derramado toda su sangre, y María, que ha llegado a ser proclamada madre de la Iglesia al pie*

de la cruz, ¿pueden desear otra cosa sino que nos entreguemos a colaborar con ellos en la salvación de la humanidad?

¡Qué tristeza me producen aquellos hermanos, como el padre Collineau, que no han comprendido la grandeza de la labor educativa! También me hacen sufrir aquellos religiosos que se limitan a instruir en las ciencias humanas o ponen todos sus desvelos y toda su satisfacción en hacer sabios y no cristianos. Olvidando que son los misioneros de María, se convierten en competentes profesionales que no tienen en cuenta su sublime apostolado.

Sé de buena tinta que a la mesa del padre Caillet llegan con frecuencia peticiones para abrir nuevos colegios. Con dolor de corazón debe diferir indefinidamente estas fundaciones. Después de las últimas salidas somos menos pero no pocos: exactamente los que Dios necesita para su viña con tal de que no le regateen su colaboración.

De todas formas, la mies sigue siendo abundante. Nos hacen falta religiosos como tú, enamorados de la educación, apóstoles en la escuela, dispuestos a consagrar su vida a la formación de los nuevos cristianos. Ruega, querido hijo, al dueño de la viña que envíe jornaleros a sus campos. Probablemente entre tus alumnos podrás encontrar chicos a quienes Dios llama pero que, como el joven Samuel, no conocen aún la voz del Señor. Acompáñalos en su discernimiento vocacional para asegurarte de que han sido verdaderamente llamados: no nos interesa recibir a ningún aspirante que no nos haya sido enviado por Dios.

Termino ya. He querido exponerte mi pensamiento sobre la educación como una ayuda a tu revisión en este año jubilar. Que María, nuestra madre y soberana, premie tu trabajo y dedicación. Recibe mi paternal bendición como expresión del cariño que te profeso.

La firma va de mi puño y letra.

Juan Bautista le pasa la carta. Con mano temblorosa el anciano estampa: *G. José Chaminade*. Luego, como excusándose, dirá:

—Este pulso...

El joven lacra y sella la carta, recoge los avíos de escribir y sale de la habitación. El anciano se entretiene recordando a Bernardo, un religioso bueno, entregado, enamorado de su vocación educadora.

Con la muerte en los talones

El 21 de septiembre de 1792 fue proclamada la República en París. Los primeros meses fueron de una calma tensa en la ciudad de Burdeos. La persecución religiosa no comenzó hasta el otoño del 93. El Padre Chaminade no desmintió el bulo de que se había exiliado, y permaneció en la ciudad ejerciendo ocultamente el ministerio sacerdotal. Cuando, en 1797, la situación se hizo insostenible, tuvo que refugiarse en España.

El enfermero ha entrado sin llamar. El anciano levanta la vista y le mira sorprendido. El joven, por toda explicación, dice:

—El superior me ha pedido que le traiga este libro por si le interesa. Acaban de publicarlo.

Le entrega el volumen y sale de la habitación.

El anciano lee el título que, con letras doradas, se destaca sobre la encuadernación en piel. *Burdeos bajo el Terror*, M. A. Vivie.

Va pasando las páginas deteniéndose en las ilustraciones: un retrato de Voltaire, una ejecución en la plaza de la Nación, una reproducción a escala de la guillotina, una partitura miniada de la Marsellesa, una matrona envuelta en la bandera tricolor y tocada con el gorro frigio...

«¡Aquí falta la letra pequeña! —musita entre dientes—. ¡Cuántos mártires anónimos! ¡Cuántos heroísmos silenciados!».

El Terror... La sombra de la guillotina... La huida en la noche... El miedo en los rostros... La angustia del sin vivir... La boca reseca... El temor a la delación... El regusto acre en el paladar... La duda y la sospecha minándote por dentro... Verdaderamente fueron años heroicos y purificadores que pusieron de manifiesto el corazón de muchos. Verdaderamente fueron años en los que vivimos con la muerte en los talones...

Cuando la tempestad arreciaba, cuando me enteraba de que algunos de mis compañeros habían sido ejecutados, cuando la clandestinidad era ya un fardo demasiado pesado para mí, la tentación de tirar la toalla se me presentaba de diversas formas:

Unas veces lo hacía de forma descarada: bastaba jurar la Constitución civil del clero, renegar de la obediencia a Roma, incorporarme a la iglesia nacional francesa, para que la pesadilla del sin vivir se acabase.

Otras, empleaba fórmulas más sinuosas: Dios no quiere la muerte de nadie, basta que con los labios pronuncies el juramento y que tu corazón siga fiel a la Iglesia de Jesucristo. Bastará una sola palabra y salvarás tu vida. Podrás vivir tranquilo y consagrado a hacer el bien a tus hermanos...

Con la gracia de Dios mi respuesta fue siempre no. En medio de la persecución sabía que ni un solo cabello de mi cabeza caería sin que él lo consintiera, y que mi vida valía mucho más que la de cualquier gorrión, que no cae en la red del cazador sin su consentimiento. Con esta certeza y en medio de la oscuridad de la fe ponía mi vida en sus manos, arriesgándola por hacer el bien a mis hermanos. Sabía muy bien de quién me había fiado, pero no por eso bajaba la guardia ni dejaba de aguzar el ingenio. Con su ayuda pude permanecer fiel a mis convicciones: ser fiel a la Iglesia de Roma es ser fiel a

Jesucristo. Pero la fe no me ahorraba ni la angustia ni el miedo...

Y hubo mucha angustia y mucho miedo aquellos años en Burdeos: las cárceles se llenaron, las familias fueron diezmadas, rodaron cabezas en la plaza de la Nación, la sospecha de ser denunciado germinó en el corazón de muchos... Para permanecer fiel y salvar la piel, hubo que vivir en escondites recónditos y evitar los lugares públicos. Y aún así el miedo atenazó y paralizó, a veces, a los más valientes...

La persecución hizo que la Iglesia volviera a las catacumbas y recuperara el vigor y el arrojo de los primeros tiempos. Los nuevos mártires regaban con su sangre la futura cosecha, pero antes tenía que pasar un largo y crudo invierno.

Las casas de los cristianos se convirtieron en templos improvisados. Una reunión aparentemente intranscendente era en realidad una celebración eucarística. Los seglares, como en tiempo de Roma, fueron los auténticos pilares de la Iglesia: transmitían en sus hogares la fe recibida, ofrecían refugio a sacerdotes perseguidos, abrían sus casas a los creyentes, llevaban el Cuerpo de Cristo a enfermos y prisioneros... Algunos pagaron con la vida su valor, y su sangre derramada fue semilla de nuevos heroísmos. La iglesia se fortalecía en la prueba y recuperó su energía secular, ocultada durante años por oropeles barrocos...

Aquellos años redescubrí a los niños. Sus ojos grandes, su afán de aventuras, su edad, que los hacía indemnes, los hicieron mis mejores aliados. Fueron mis ángeles custodios, mis ángeles guardianes. Sus avisos oportunos me permitieron eclipsarme cuando la guillotina era algo más que una posibilidad. Me condujeron, como jugando, a la cabecera de enfermos y moribundos. Lle-

varon el Cuerpo de Cristo, oculto bajo sus ropillas, a aquellos hogares a los que yo no podía acudir. Algunos de ellos, madurados por el tiempo y la vida, curtidos en el riesgo y la prueba, fueron los primeros congregantes. Entonces no soñaba siquiera con esa posibilidad...

La dificultad me hizo crecer en astucia. Empleé medias verdades, conseguí que me incluyeran en la lista de los deportados, fingí el republicano que nunca he sido, construí escondites seguros... Quizá, por una vez, los hijos de la luz fuimos más astutos que los hijos de las tinieblas...

Aun arriesgando la vida, no descuidé el ministerio sacerdotal: para eso me había quedado en Burdeos. Recorría las calles con una caldera al hombro ofreciéndome para arreglar viejos cacharros. No era muy hábil, pero lo suficiente como para poder pasearme a cuerpo por las calles del centro. Más que calderos restauraba corazones. En la intimidad de una cocina, con el estaño como tapadera, restañaba vidas, perdonaba pecados, alentaba la fe. Salía de aquellos encuentros con más fuerza, con fe renovada, con ganas de pregonar la Buena Noticia cuando tenía que limitarme a gritar: «¡Calderero! ¡Calderero...! ¡Se arreglan calderas...!».

A veces decaían mis fuerzas y mi fe. Entonces, aprovechando las primeras sombras de la noche, acudía a visitar al padre Boyer, vicario de la diócesis en ausencia de nuestro obispo, a la sazón refugiado en Bélgica. En prolongadas veladas compartíamos miedos y angustias, sueños y esperanzas. En su escondrijo, en la cocina de la señora Deyre, se caldeaba mi fe. Salía de aquellos encuentros con una luz nueva que fortalecía mis pasos...

En 1795 hubo un receso en la persecución, como cuando el mar se retira del acantilado para descargar luego sobre él con más furia. Fue sólo una pausa para

reponer fuerzas. Aprovechándola, fui encargado por el vicario del ministerio de reconciliar con la Iglesia romana a los sacerdotes que habían jurado la Constitución civil del clero. Fue un período en que fui sacramento de la misericordia de Dios. Tuve la oportunidad de entrar en la vida y en el corazón de muchos eclesiásticos. Pude comprobar que el miedo, la edad, la enfermedad habían sido, muchas veces, la causa de su apostasía. Y constaté, una vez más, que los sacerdotes están hechos del mismo barro que todos los hombres...

Procuré ser con los juramentados como el Buen Pastor. Iba en su busca. Cuando los encontraba, les ofrecía el amor misericordioso de Dios y de la Iglesia. Procuraba meterme en su piel para comprender su conducta. Tuve que tener mucho tacto para no herir y mucha paciencia para saber esperar. Unas veces les abría las puertas y el corazón, y aguardaba a que sintieran la querencia del redil. Otras, derramaba en sus heridas vino y aceite, me los cargaba al hombro y los traía a casa. Y siempre, cuando el perdón de Dios sellaba su arrepentimiento, lágrimas de alegría corrían por mi rostro: era una fiesta. Sentía más alegría por uno de ellos que por noventa y nueve sacerdotes que habían permanecido fieles...

Desgraciadamente la pausa no fue muy larga. El golpe de Estado de los jacobinos, allá por el 97, endureció la situación. Me cogió desprevenido. Tuve que refugiarme en España, donde oficialmente vivía desde hacía años. Procuré mantenerme firme en esa fe que nos lleva a asumir los designios de Dios, sabiendo que todo ocurre para el bien de los que le aman. Pero no siempre fue fácil...

La chica del castillo

Adela de Batz, primogénita de los barones de Trenquelléon, nació en Feugarolles el 10 de junio de 1789. En 1797 su familia fue deportada, viviendo sucesivamente en Tolosa (Guipúzcoa), Braganza (Portugal) y San Sebastián. En 1801 volvió con los suyos al castillo, donde recibió una educación cuidada y sencilla. Con su grupo de amigas fundó la «pequeña asociación», que combinaba la oración con el compromiso apostólico en favor de los más pobres. En 1808 entró en contacto epistolar con el Padre Chaminade. Esta correspondencia irá madurando su proyecto largamente acariciado de hacerse religiosa. Tras numerosas dificultades inició, el 25 de mayo de 1816, la vida en común: eran las primeras marianistas. Elegida superiora, fue movilizando el grupo hacia un apostolado universal. Madurada por la prueba y la enfermedad, falleció el 10 de enero de 1828. Fue declarada venerable en 1986 por Juan Pablo II.

—Padre —anuncia el hermano encargado de la portería—, dos júnioras de las marianistas están en el recibidor. Traen algo para usted. Les he dicho que no sé si podrá recibirlas...

—Diles que bajo enseguida.

Una vez a solas, el anciano se atusa el cabello, se alisa la sotana y sale, con paso vacilante, al encuentro de las jóvenes

marianistas mientras se pregunta sobre el sentido de tan inesperada visita.

El recibidor es pequeño. Su decoración austera, huyendo descaradamente de todo lujo y ostentación. Todo refleja limpieza y solidez.

Las hermanas se levantan al entrar el anciano y se acercan para besar su mano temblorosa.

—Buenas tardes, padre —dicen a coro, como algo cuidadosamente ensayado—. Venimos de parte...

Una carcajada estalla en sus labios ante lo ridículo de la situación. El anciano se une a sus risas y durante unos instantes no pueden hacer otra cosa.

—Anda, anda, sentaos —dice esforzándose por contenerse—, y cuando podáis, me explicáis quién os envía y para qué.

Las jóvenes profesas no habían visto nunca a aquel hombre. Para ellas era sólo una leyenda viviente unida a la historia de la fundación de su Instituto.

—Mire —dice la más decidida después de intercambiar miradas con su compañera—, la madre San Vicente nos ha encargado que le traigamos este pequeño obsequio como prenda de nuestro agradecimiento por todo lo que hace por nosotras.

La otra religiosa ha extraído de debajo de su capa un paquete plano, de regular tamaño y cuidadosamente envuelto. El anciano tiene una mirada entre complaciente, curiosa y divertida. Abre con cuidado el envoltorio y al contemplarlo exclama:

—¡Pero si es el castillo de Trenquelléon! Gracias, hijas, gracias. Dádselas de mi parte a la madre general.

El lienzo representa el castillo de los barones visto desde los jardines. Es un edificio rectangular de dos plantas, complementado en sus extremos por dos cuerpos adosados. Los tejados de pizarra, los grandes ventanales, la doble escalera semicircular que accede a la terraza dan al conjunto un aire de elegante

sencillez. Los amplios jardines y el bosque que se insinúa hacen de la vivienda una invitación al descanso, la meditación y la paz.

Tras un rato contemplando la pintura, el anciano pregunta maliciosamente:

—A que no sabéis cómo llamábamos a Adela.

Las júnioras se miran un tanto azaradas al tener que mostrar su ignorancia.

—Nunca nos lo han contado —confiesa la más resuelta mirando al suelo.

—Pues... ¡la chica del castillo! Os confieso que a ella no le hacía mucha gracia...

La confidencia del anciano ha despertado la curiosidad de las jóvenes. Conscientes de que no será fácil encontrar otra oportunidad para satisfacerla, y aunque las órdenes de volver enseguida al convento eran claras, una de ellas pregunta:

—Padre, ¿cómo conoció a nuestra Fundadora?

—La primera vez que nos encontramos no nos vimos...

Las júnioras se miran sorprendidas. «Este viejo empieza a chochear», piensan. El anciano sorprende el brillo de sus ojos y estalla en una carcajada que desconcierta a las jóvenes.

—Me explico —continúa cuando consigue dominar su hilaridad—. Adela, acompañada por su madre, había acudido a Figeac a visitar a su abuela. La señora baronesa coincidió en el locutorio del hospital con Jacinto Lafon, uno de nuestros congregantes. La conversación, que inicialmente abordó temas triviales, fue ganando en profundidad. Doña Úrsula comentó que su hija había fundado una pequeña asociación de seglares que se consagraban a la oración y al servicio de los pobres. Jacinto le habló de la congregación de Burdeos. Descubrieron, asombrados, rasgos comunes en ambos grupos y, hablando por hablar, quedaron que sería interesante poner en contacto ambos movimientos. Todo podía haber quedado ahí si aquella noche

madre e hija no hubieran comentado aquel encuentro fortuito, que para mí fue providencial.

—¿Y qué hizo Adela?

—Al volver a Trenquelléon, sugirió a sus compañeras y a su confesor la posibilidad de hermanar ambas realidades. A todos les pareció bien. Por su parte, Jacinto, al volver a Burdeos, me contó lo sucedido en Figeac. Lo discutimos en una asamblea general de la congregación y todos compartieron la alegría y satisfacción interior que me inundaba. Así empezó, sin habernos visto, una correspondencia que duró años. Aquello debió de ser en el verano de 1808.

—En el noviciado nos leyeron algunas de esas cartas...

El anciano se queda un tanto perplejo. Encaja el golpe y continúa:

—Desde aquel año la correspondencia fue asidua y fecunda. Quedé cautivado por la riqueza espiritual de Adela y procuré abrirla a nuevos horizontes. Le envié varios ejemplares del *Manual del servidor de María* que había escrito para los congregantes. Su lectura y meditación le ayudó a profundizar en la misión de María y a comprender el principio dinamizador de la alianza con nuestra Señora.

Las júnioras siguen la conversación con interés. De vez en cuando asienten o intercambian miradas. Van encajando los datos facilitados por su interlocutor en la información que ya poseen. Cuando el tema de la fusión de la congregación con la pequeña asociación ha sido ampliamente tratado, una de ellas se atreve a preguntar:

—¿Fue entonces cuando sus padres quisieron casarla?

—No fue exactamente así. Adela debería de tener unos diecinueve años cuando un chico de buena familia pidió a los barones la mano de su hija. Adela lo pasó muy mal. Por un lado le gustaba el joven, y sabía, por el ejemplo de su madre, que el matrimonio no tenía por qué impedirle ser una mujer

comprometida. Por otra parte sentía una llamada interior a una consagración virginal a Dios. El discernimiento fue largo y penoso. Al final vio claro y optó decididamente por la vida religiosa.

—Desde entonces sólo vivió para poder realizar su decisión —completa una de las jóvenes.

—Tuvo que esperar mucho: la enfermedad de su padre, las dificultades planteadas por la jerarquía, la falta de medios económicos... fueron retrasando las cosas, pero eso le permitió ir madurando el proyecto.

El anciano se pierde en sus recuerdos:

Adela. La chica del castillo. En su primera carta se me reveló como una de esas mujeres buenas y piadosas... Creí que me había tropezado con una de esas aristócratas que dedican su tiempo libre a prácticas religiosas y obras de caridad para tranquilizar su conciencia y salvar su alma... ¡Qué equivocado estaba entonces! Poco a poco, en sus cartas largas y frecuentes, fue revelándome la hondura de su alma... Adela encerraba en su cuerpo frágil el arrojo de los primeros cristianos... Estuvo tentada de ingresar en el Carmelo, pero decididamente ése no era su sitio... Luego fue formulando su «querido proyecto», que a mí me parecía demasiado corto de miras: vivir en comunidad para remediar la miseria física y moral del ambiente rural en que se establecieran... Poco a poco fue descubriendo que estaba hecha para recorrer el camino de la misión... Se le esponjó el corazón, se le alegró la mirada cuando comprendió que Dios la quería una pequeña misionera dispuesta a gastar su vida en recristianizar nuestro país...

Me cautivaba su profunda vida interior, su amor entrañable a María, su sencillez en el trato, su voluntad decidida de cumplir la de su Señor... Nunca tuvo afán de protagonismo. Quiso pasar por este mundo como una de tantas, pero tenía madera de líder... Le costó aceptar ser la primera superiora del convento, pero lo asumió en espíritu de servicio.

El conocerla, el tratarla, fue enriqueciendo mi propio proyecto misionero... Entonces yo era muy reticente a fundar una nueva familia religiosa. Pensaba que en los tiempos que corrían era mejor una orden religiosa dispersa en el mundo, formada por personas de una gran vida interior dedicadas a la animación de la congregación, sin estructuras ni vida en común... Me costó mucho cambiar de opinión, pero Dios me iba hablando a través de los acontecimientos y del contacto con Adela... Al final, reformulamos juntos una nueva síntesis: fundaríamos una verdadera orden religiosa, con formas seculares, consagrada a un grupo más amplio: la familia marianista.

En el fondo, el proyecto consistía en agrupar a congregantas que, sin dejar de serlo, fueran también religiosas consagradas a la misión... Lo que las debía distinguir de las demás órdenes sería la pasión por la salvación de los hombres, por la multiplicación de los cristianos... Cada comunidad sería una misión estable formada por religiosas misioneras.

Recuerdo bien el día en que visité en Agen la primera comunidad. Me impresionó la alegría y austeridad de todas. El Refugio era cualquier cosa menos un cobijo confortable... Un caserón destartalado, lleno de humedades, con un frío que se conservaba de invierno a invierno... Adela y las primeras marianistas vivían, por encima de esas cosas, dedicadas a la misión. Así empezó todo...

Las jóvenes han respetado en silencio cómplice las distracciones del anciano. De vez en cuando han intercambiado mi-

radas elocuentes. Cuando el rato se alarga, una de ellas carraspea discretamente.

—Perdonad. Cuando recuerdo estas cosas, se me va el santo al cielo... ¿Por dónde íbamos? —dice el anciano un tanto azarado.

—Nos estaba explicando la fusión de la pequeña asociación de Adela con la congregación de Burdeos...

—Es verdad... Nosotros llamábamos a la pequeña asociación la tercera división... Tardaron cuatro años en integrarse plenamente. Durante ese tiempo las chicas de Trenquelléon fueron profundizando en la maternidad de María y abriéndose al sentido misionero. Para nosotros la fusión fue un aporte de savia nueva y fuente de nuevos compromisos... Pero bueno, que se os hace tarde... Otro día comentaremos esas cosas.

Las jóvenes se despiden. El anciano las acompaña hasta la puerta. Luego vuelve al recibidor a recoger el cuadro y se queda contemplando largamente el castillo de Trenquelléon.

Un alsaciano en el Sur

Carlos Rothéa nació en Landser (Alsacia) en 1791. Educado por los benedictinos, hizo sus estudios teológicos en el seminario de Besançon. Ordenado sacerdote en Friburgo (1816), fue nombrado párroco de Sainte-Marie-aux-Mines. Allí conoció la Compañía de María, y en 1821 ingresó en el noviciado de San Lorenzo. En 1823 fue destinado a Saint-Remy, donde se consagró a la formación de maestros, a la predicación de ejercicios espirituales y a la educación de los jóvenes. En 1829 fue enviado a Saint-Hippolyte, en su Alsacia natal, desempeñando posteriormente el cargo de maestro de novicios en Ebersmunster. Trabajó en Courtefontaine antes de ser nombrado provincial del Midi (1852-1855). Pasó sus últimos años, ya jubilado, en la Administración General. Murió en París en 1868.

El padre Carlos Rothéa es un alsaciano de porte medio, tez sonrosada y rostro angelical. Es ameno en la conversación. Todo él emana paz y sencillez. Está sentado junto al anciano y lo observa con cariño y devoción. Llevan charlando el tiempo suficiente para que brote la confidencia.

—Fue el testimonio de mi hermano Luis lo que me atrajo a la Compañía. Yo era entonces el párroco de Sainte-Marie-aux-Mines.

—Fuiste el primer religioso que ingresaste siendo ya sacerdote. Me acuerdo bien del verano de 1821. Te estuve esperando aquí unos días para poder acompañarte a San Lorenzo.

—Fueron duros los comienzos —dice el padre Carlos evocando la escena—. Cuando llegamos al noviciado, sólo teníamos un jergón de paja. Tanta austeridad me encantó. En medio de esa pobreza tan extrema nos sentíamos profundamente felices. Cantábamos con frecuencia para expresar nuestra alegría. Me acuerdo de que, cuando vino a vernos, tuvo que sentarse en un baúl porque no teníamos ni una silla que ofrecerle...

—Cualquier sitio es bueno para anunciar el Evangelio —afirma el anciano con un deje de nostalgia—. Cuanto más pobre, mejor. Realmente fueron años heroicos...

—... y felices. «Bienaventurados los que eligen ser pobres», dijo el Señor. Siempre me ha preocupado la vivencia de la pobreza, no sólo personal, sino también comunitaria. En Saint-Remy vivíamos sin calefacción y nadie se quejaba, y aquello no es precisamente el Sur. Me temo que hemos bajado la guardia en este punto.

Los dos hombres se miran a los ojos y se hace un silencio. Ambos se entregan a sus reflexiones, pero ninguno se atreve a verbalizar sus sentimientos.

—Quizá los sacerdotes —es Carlos el que habla— no hemos estado a la altura de nuestra misión, y eso que la Regla nos recuerda que debemos ser especialmente amantes de la pobreza...

—Os soñé como la sal y la luz de la Compañía...

—Ya —dice como avergonzado el padre Carlos.

—Ser sal —sigue el anciano completando su pensamiento— supone dar sabor, subrayar el gusto de los alimentos, impedir que las cosas se corrompan, y, a veces, escocer...

—¿Escocer? —pregunta el padre Carlos con cara de sorpresa.

—Sí, escocer. La sal escuece en las heridas. ¡Por eso cura!

—Claro...

—Ser luz —el anciano prosigue premiosamente verbalizando sus convicciones— es perfilar los contrastes de la vida, devolver el color a cada cosa, denunciar el espesor de las tinieblas, evidenciar los matices de la realidad, iluminar la vida de los hombres...

—Sólo si la sal se diluye da sabor. Sólo si la vela se quema puede alumbrar.

El anciano asiente en silencio. Ni él ni su acompañante hablan de oídas. Son dos vidas entregadas, gastadas, regaladas a manos llenas.

El padre Carlos ha consagrado su vida a fundar y animar congregaciones marianas, a predicar ejercicios espirituales, a acompañar a religiosos y seglares en su vida cristiana, a formar a maestros y alumnos en los colegios marianistas, a detectar y formar nuevas vocaciones... Ha sido uno de los pilares de la Compañía naciente. El anciano lo sabe bien y lo valora y agradece.

—Padre —dice Carlos—, ¿sabe lo que aprecio más de mi labor pastoral?

—Tú dirás...

—Haber recibido el carisma de detectar nuevas vocaciones. El Señor ha puesto en mi camino jóvenes generosos dispuestos a consagrar totalmente su vida a Cristo y a la Iglesia. Y a mí me ha dado una mirada lúcida para descubrirlos y ayudarles a discernir su vocación.

—Alumbrar vocaciones es otra forma de ser luz... Jorge Caillet, Juan Chevaux, León Meyer, entre otros, fueron engendrados por ti a la vida marianista.

—Cuando uno ha descubierto un tesoro, lo cuenta a sus amigos... Cuando uno es luz, no puede no alumbrar...

La tarde se ha ido enrojeciendo como la sangre de un niño. Luego, poco a poco, las tinieblas se han ido apoderando silen-

ciosamente de la estancia. Los dos hombres, enfrascados en la conversación, no se han percatado de nada. De pronto el anciano cae en la cuenta.

—Carlos, hijo, enciende una luz.

—Eso es lo único que sé hacer...

Cuando las velas van tomando cuerpo, las tinieblas se agazapan por los rincones y las cosas recuperan la calidez y el calor de la vida...

En tierra extranjera

Al hacerse insostenible su presencia en Burdeos, el Padre Chaminade salió camino del exilio en 1797. Atravesó la frontera española por Bayona el 27 de septiembre, llegando a Zaragoza la víspera del día del Pilar. Vivió en la capital de Aragón tres largos años dedicado al estudio y la oración, y a una actividad pastoral limitada debido a las restricciones impuestas por el gobierno de Carlos IV. Durante estos años, a los pies de la Virgen del Pilar, fue madurando su proyecto misionero para recristianizar Francia.

Al llegar el ocaso del sol, el anciano ha abierto su breviario para cantar en nombre de toda la Iglesia la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:

Junto a los canales de Babilonia
nos sentábamos a llorar con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras.

¿Cómo cantar un cántico al Señor
en tierra extranjera?

Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha;
que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti...

¡Qué resonancia tiene para mí este salmo! —piensa el anciano levantando la vista del libro—. ¡Sólo los exiliados podrán calar todo su sentido...!

Junto al cauce del Ebro, junto al Canal Imperial de Aragón, he llorado por mi patria paseando mi dolor. La nostalgia me invadía dulcemente, paralizándome en un pasado inexistente. Con la imaginación me trasladaba a orillas del Garona, al puente de piedra, a la sombra gótica de la catedral... Mi país, mis costumbres, mis tradiciones, mi cultura, hasta las cosas más triviales pasaban con viveza por mi corazón haciéndome difícil soportar la rotundidad sonora del español, el carácter orgulloso de sus gentes y hasta la frágil frontera culinaria del aceite de oliva...

Cuando, huyendo de una muerte segura, opté por dirigirme a España, no podía prever el nuevo calvario que me aguardaba. Como Abrahán, me puse en camino hacia la tierra que Dios me mostraba, ligero de equipaje y con un peso insufrible en el corazón. Mi único tesoro era el pasaporte que me autorizaba a salir de Francia por Bayona. Sólo tenía 36 años y una confianza absoluta en un Dios que no abandona a los suyos...

La diligencia, con un trote cansino que desbarataba mis huesos, me conducía hacia la frontera. Detrás iban quedando unos paisajes, unas raíces, unos sueños, una vida... Delante sólo había un futuro incierto... Y tuve miedo.

Me dirigía hacia Tolosa con la esperanza de encontrarme con monseñor de La Tour du Pin, arzobispo de Auch. Cuando llegué, ya no vivía allí. Me sentía perdido en un país desconcertante... Alguien orientó mis pasos hacia Zaragoza, donde residía una colonia numerosa de franceses exiliados. Me puse de nuevo en camino. En-

tonces ni siquiera sabía que existía en esa ciudad una basílica dedicada a la Virgen...

Llegué a Zaragoza, con el cuerpo maltrecho y cuatro palabras mal aprendidas de español, el 11 de octubre. Me sorprendió que todas las campanas de la ciudad tañeran al unísono. Presentía que no anunciaban mi llegada...

El reencuentro con mis compatriotas fue emocionante: había caras conocidas y otras llenas de hospitalaria cordialidad. Intercambiamos noticias y pesares, angustias y esperanzas. Sólo entonces comprendí por qué toda la ciudad volteaba sus campanas: era la víspera del Pilar.

Tras lavarme y descansar un poco, me dirigí a la Basílica. Había oscurecido, pero el templo era un ascua de luz. Doscientas lámparas de plata, que brillarían hasta el amanecer, hacían la noche más clara que el día. Por primera vez me arrodillé a los pies de la Virgen del Pilar: puse mi vida y mi futuro en sus manos maternales.

El día 12 Zaragoza era una fiesta. A pesar del mal tiempo, la gente se agolpaba para ver pasar la procesión. Era una manifestación de fe y libertad religiosa que hacía años no vivía. Aquel día descubrí que los aragoneses aman con ternura filial a la madre de Dios.

Pocos días más tarde llegaba mi hermano Luis. Nos alojamos en el antiguo hospitalico de Santa Fe, formando una pequeña comunidad con otros eclesiásticos.

La vivienda era una casona desvencijada y fría. El cierzo, ese viento aragonés capaz de congelar el fuego, se colaba por todas las rendijas dejándonos ateridos. El dinero escaseaba y vivíamos como capuchinos.

Éramos frugales y austeros por necesidad. En mi interior bendecía a Dios por permitirme compartir la vida y la inseguridad de los pobres.

Los zaragozanos me parecían nobles pero un tanto bruticos. Cuando yo no comprendía lo que me decían, elevaban desaforadamente su voz, creyendo así que facilitaban las cosas. Aunque algunos nos consideraban traidores por haber abandonado nuestro rebaño a su suerte, la mayoría eran cercanos, comprensivos, hospitalarios, generosos y nos miraban con veneración por haber arriesgado la vida por Cristo y el Evangelio. Algunos describían nuestra situación empleando el lenguaje de la fiesta nacional: hablaban de «tomar el olivo», «salir por pies», «dar la espantá», y otras expresiones que he olvidado y que me resultaban difícil de entender...

A través de la frontera se filtraban noticias de los acontecimientos de nuestro país. Cuando un viajero, una carta, un rumor llegaba a Zaragoza, la voz se corría por toda la colonia francesa y nos reuníamos al caer la tarde en torno a un chocolate con churros —por la noche se me resentía el estómago y lamentaba siempre el haberlo tomado— para comentar, planificar, soñar juntos. De aquellas tertulias, más o menos clandestinas, salíamos unas veces con el rostro lleno de esperanzas, otras con el dolor tatuado en el corazón... «Poco a poco hila la vieja el copo» —como les gusta decir a los españoles—, y los días iban pasando.

Pasaban con lentitud enervante. Decía la misa en la parroquia de San Gil, daba largos paseos por callejas sinuosas, colaboraba en la formación de los seminaristas franceses, escribía largas cartas a mi gente de Burdeos, refrescaba la teología... y aún quedaban muchas horas libres... Mataba el tiempo haciendo flores artificiales y figuras de escayola que Francisco Duboscq vendía por las calles o regalaba a nuestros bienhechores.

Por aquel tiempo mi hermano Luis cayó gravemente

enfermo. Pasaba horas a la cabecera de su cama velándolo como una madre. Temí por su vida y nunca como entonces sentí la angustia de estar lejos de casa. El simple pensamiento de dejar sus huesos queridos en tierra extranjera me hacía penar...

En Zaragoza mi corazón estaba en el Pilar. Aún hoy —aunque han pasado casi cincuenta años— lo tengo allí. En la penumbra silenciosa de la Santa Capilla —sólo turbado por el transitar de los fieles y el crepitar de los cirios—, perfumada con un olor tenue a incienso viejo y a flores frescas, iba derramando mi oración ante la Señora. Bajo su mirada maternal iba perfilando un plan misionero para un futuro que deseaba inminente.

Me dolía, ante la Virgen, del neopaganismo instalado en Francia. Sabía que la persecución sistemática había falseado los espíritus, pervertido las costumbres, desencadenado las pasiones, sembrado las divisiones, acrecentado odios y rencores. En el seno de la Iglesia de Francia la antorcha de la fe palidecía o se apagaba y la moral cristiana era sólo una expresión sin contenido. A veces me parecía que la situación evocaba la revelación del Apocalipsis prediciendo una apostasía general...

Mi dolor se transformaba en esperanza cuando María volvía hacia mí esos sus ojos misericordiosos. Entonces comprendía, con una lucidez nueva, que a ella le correspondía la gloria de salvar la Iglesia del naufragio que la amenazaba. Creía firmemente que su poder no había disminuido y que ella vencería esta nueva herejía como lo había hecho a lo largo y ancho de toda la historia.

Con el corazón caldeado me dedicaba a soñar... Sabía que nadie echa un remiendo de tela nueva a un vestido gastado, porque lo nuevo tira de lo viejo y hace un desgarrón mayor. A tiempos nuevos, medios nuevos: Nova

bella elegit Dominus. *Había que ofrecer a María hombres y estrategias nuevos para un tiempo en cambio. Sólo así sería posible vencer esta nueva herejía...*

Pensaba, rezaba, meditaba, estudiaba. Dialogaba con otros sacerdotes emigrados. Poco a poco iba perfilando un proyecto revolucionario para una Iglesia posrevolucionaria. Mientras lo diseñaba, sentía el hormigueo del Espíritu y la fortaleza del Pilar...

Por aquella época comprendí que ya no podría ser un pastor a la espera de los que se acercaran a la parroquia. Tendría que ser un misionero itinerante, siempre dispuesto a partir en busca de las ovejas perdidas. Habría que ir a donde ellas estuvieran, sorprendiéndolas en sus lugares de trabajo o esparcimiento. Así y allí habría que anunciar el Evangelio.

Tendríamos que rescatar la creatividad, la agresividad, el impulso misionero de los primeros cristianos. Habría que recuperar las energías latentes en un laicado adormecido por años de clericalismo: era la hora de los seglares, llamados a forzar la aurora de una nueva Iglesia.

No harían falta personas piadosas, preocupadas por su salvación personal, sino apóstoles comprometidos en el anuncio del Evangelio. Tendrían que ser hombres y mujeres recién convertidos, que hubieran experimentado en su vida una transformación radical y sintieran la urgencia de contar a otros su descubrimiento. Sólo personas iluminadas por Cristo podrían prender una hoguera capaz de convocar a otros.

Y esto no podría ser obra de personas aisladas. Harían falta hombres y mujeres que, compartiendo su fe y explicitando a fondo su consagración bautismal, dieran al

mundo el testimonio de un pueblo de santos. Formarían comunidades comprometidas en la misión. Allí vivirían y compartirían su fe, se dejarían evangelizar, profundizarían su formación, cuidarían su vida interior para poder llegar a ser los agentes de una nueva evangelización.

Estos nuevos misioneros contemplarían en María, alzada sobre el Pilar, la encarnación de su proyecto. Sabiendo que ella trajo a Cristo al mundo y debe seguir haciéndolo hoy, le ofrecerían sus débiles servicios para que ella prolongara en el tiempo su misión de dar a luz a los nuevos hijos de Dios. Consagrados a María, se dejarían formar, a semejanza de Cristo, en el seno de su ternura maternal y serían hombres nuevos para una nueva evangelización de Francia.

Mientras maduraba estos proyectos, allá por noviembre de 1899, Napoleón Bonaparte se hizo con el poder. Una nueva Constitución dio comienzo al Consulado. Parecía que la transición, tanto tiempo deseada, estaba a punto de iniciarse. En diciembre, un decreto del gobierno autorizaba la reapertura de los templos confiscados y la vuelta de los sacerdotes exiliados. ¡Por primera vez pude cantar un cántico al Señor en tierra extranjera! Verdaderamente no se me había paralizado la mano derecha, ni pegado la lengua al paladar: nunca, durante aquellos tres años, me olvidé de Jerusalén...

Los últimos meses de espera y esperanza pusieron a prueba mis nervios y mi paciencia. Los papeleos necesarios tardaron en llegar mucho más de lo que hubiera deseado. Luis Lafargue fue mi valedor y protector en Burdeos. Gracias a sus laboriosas gestiones obtuve el permiso para regresar: corría ya el mes de noviembre de 1800...

Cuando, al pie de la diligencia, abracé a mis amigos de España, tenía un gozo ambiguo en el corazón. Restalló el látigo y el vehículo se puso en movimiento. La nube de polvo impidió que los que se quedaban vieran mis lágrimas. Con ojos vidriados contemplé la Basílica inacabada del Pilar hasta que se perdió en el horizonte.

El futuro había empezado...

La fe del corazón

La experiencia de la Revolución había enseñado al Padre Chaminade el papel decisivo que la fe juega en la vida de los cristianos cuando no se reduce a un conjunto de verdades asimiladas intelectualmente. Desde entonces se preocupó de formar creyentes con una fe interiorizada, ilustrada, sentida, comprometida. Es decir, hombres y mujeres con una fe del corazón, capaz de ser el principio dinamizador de su existencia. Sobre este tema predicaba con frecuencia a congregantes y religiosos.

Hacía unos días, el superior de la comunidad había acudido a la habitación del anciano:

—Padre —había dicho tras interesarse por su salud—, ¿podría preparar unos puntos de meditación para el retiro mensual?

—Encantado. ¿Quieres que aborde algún tema en especial?

—No. Lo dejo en sus manos. Usted sabe mejor que nadie lo que nos conviene.

El día de retiro ha amanecido gris. En la casa hay un silencio almohadillado en el que hasta las pisadas son discretas. Un toque de campana hace que el anciano se dirija hacia la capilla llevando unas cuartillas.

El oratorio es pequeño, recoleto. Uno de los religiosos lo ha decorado con gusto y sencillez. Una mesa con tapete rojo es el

lugar reservado para el predicador. La lamparilla del Sagrario es como una llamada y una invitación.

—Ven, Espíritu Santo —invoca el anciano arrodillado ante el Santísimo.

—Llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor —responde a sus espaldas un coro de voces viriles.

Terminada la oración, todos toman asiento. Algunos abren unos cuadernillos para tomar notas. Hay una cierta expectación en el auditorio. El anciano coloca los papeles sobre la mesa y empieza premiosamente a desgranar su meditación:

—Por poca botánica que hayáis estudiado, sabréis que la savia se produce en las raíces. Desde allí, a través de un complejo sistema de vasos, fluye por toda la planta llevando alimento a tronco, ramas, hojas, flores y frutos. Cortad las raíces a un árbol y pronto la muerte irá ensombreciendo lo que era un canto a la vida.

Algo así es la fe: se inicia en la interioridad del hombre, en el hondón del alma, y desde allí se extiende casi imperceptiblemente a toda su vida y a todas sus manifestaciones. Y así, casi sin darse cuenta, su forma de actuar, de resolver los problemas, de pensar, de vivir son la expresión de esa fe. Es decir, que su hacer brota de su ser creyente. Quitad la fe, y las obras serán estériles aunque aparentemente puedan parecer vistosas.

Probablemente fue esto lo que Jesús quiso enseñarnos cuando, al final de su vida, llegando ya a Jerusalén, descubrió una higuera al borde del camino. Sintió hambre y se acercó para coger algunos frutos, pero no encontró más que hojas. Las palabras del Señor «Nunca jamás des ya fruto» no hacían más que poner de manifiesto lo que ocultaba la hojarasca: su vida era pura exterioridad; en realidad ya estaba seca. Por eso, ante la extrañeza de sus apóstoles, tendrá que aclararles el sentido del signo: tened fe; si no, vuestra vida será estéril.

Esta imagen os ayudará a comprender la formulación menos catequética pero más teológica que hacía el Concilio de Trento: «La fe es el principio, fundamento y raíz de toda justificación». Es decir, que la vida cristiana nace de la fe, se alimenta de ella y la expresa en actitudes y comportamientos.

La fe, junto con la esperanza y la caridad, la recibimos el día del bautismo. Entonces era sólo una semilla, una promesa simbolizada por la vela que encendió nuestro padrino. Empezó siendo una luz pequeña y vacilante que, arropada por nuestros padres al principio y luego por nosotros mismos, estaba llamada a ser una hoguera alegre y luminosa capaz de atraer a otros. Como todos los dones de Dios, sólo podía crecer con la colaboración del hombre. Tenía razón san Agustín cuando decía: «Dios que te creó sin ti no te salvará sin ti».

La fe es una luz derramada en nuestro interior, por la cual creemos firmemente todo cuanto Dios nos ha revelado, por incomprensible que pueda parecernos. Es un don del Padre de las luces, que nos invita a marchar por la senda de sus mandamientos. Como dice el salmista: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero».

Desgraciadamente no siempre es así. Muchos cristianos tienen una fe teórica en contradicción flagrante con su vida habitual. Dicen creer unas cosas y viven otras. Abrazan los principios y rechazan sus consecuencias. Son cristianos en la cabeza e idólatras en el corazón. Su fe es como una flecha que surca el espacio, como la estela de un barco dibujada en el mar: no tiene consistencia, no deja huella duradera.

La clave para no separar la fe y la vida, la teoría y la práctica, es alcanzar la fe del corazón. Sólo cuando las verdades de fe están entrañadas, sólo cuando se gusta lo que se cree, sólo cuando se ama lo que se profesa con los labios, la conducta llega a ser coherente con ese credo que recitamos.

San Pablo lo afirma con claridad: «Lo que vale es una fe que

se traduce en amor». Fijaos bien que no dice que el amor se traduce en fe, sino que la fe se traduce en amor. Es decir, que la fe se va concretando en una actitud de entrega generosa, de servicio desinteresado, de perdón incondicional, de respeto absoluto, de compromiso...

María es un modelo de esta fe del corazón de la que os vengo hablando. Amaba tanto lo que creía que se puede decir que engendró al Hijo de Dios antes en su corazón que en su seno. Con toda la Iglesia podemos decirle: «Feliz tú porque has creído. Feliz tú porque escuchaste la Palabra de Dios y la pusiste en práctica».

¡Qué grande y admirable es la fe de la Virgen! El ángel le revela el misterio más desconcertante: un Dios niño; una mujer madre de Dios; una virgen madre. Escucha y cree sin vacilación, sin dudas, sin incertidumbres; con la seguridad de la que cree que para Dios nada hay imposible; con la sencillez de corazón de la que no pretende temerariamente sondear los secretos del Altísimo.

¿Vivimos así la fe? ¿Se ha adueñado de nuestros pensamientos, deseos y sentimientos? ¿Amamos verdaderamente lo que creemos? ¿Nuestra fe es una pura adhesión intelectual?

Queridos hijos, pedid humildemente: «Señor, yo creo, pero aumenta mi fe». Someted con docilidad a la Palabra de Dios el orgullo de una inteligencia que quisiera comprender antes de creer. Amén.

El anciano ha terminado su exposición. Recoge sus papeles, hace la genuflexión y abandona la capilla. Camino de su habitación va pensando: «Qué felicidad si pudiera marchar el resto de mis días por el camino de la fe y no actuar sino por la fe ni vivir sino de la fe. Gracias a ella asumo en la oscuridad este calvario purificador que me está tocando vivir sintiéndome incomprendido por mis propios hijos».

Cuando está a punto de llegar a su cuarto, un hermano le sale al paso y le dice en voz muy baja:

—El Superior General desea verle.

—Gracias. Voy ahora mismo.

¿Cabezota o Fundador?

Jorge Caillet nació en Porrentruy, cantón de Berna, en 1790. Fue ordenado sacerdote en la iglesia de Santa Úrsula, de Friburgo (1816). Atraído a la Compañía de María por Carlos Rothéa, ingresó en el noviciado de Burdeos en 1822, profesando al año siguiente. Permaneció en la comunidad de la Magdalena muchos años trabajando pastoralmente en la iglesia. En 1833 fue nombrado primer asistente por el Padre Chaminade. Fue elegido Superior General en el capítulo de Saint-Remy (1845), permaneciendo en el cargo hasta 1868. Falleció en París en 1874 a los 85 años.

El padre Jorge Caillet está esperando en su despacho de Superior General la llegada del anciano. Es un sesentón de cabellos blancos, rostro ancho, nariz prominente y mirada fría. Su corpulencia queda embutida en una sotana demasiado ajustada que evidencia sus formas redondeadas.

La estancia amplia está austeramente amueblada: una gran mesa de trabajo, algunas sillas, un anaquel... Un reloj de cuco es el único detalle que evoca su Suiza natal.

Cuando el anciano llama a la puerta, se limita a autorizar su paso, sin levantarse tan siquiera.

—Buenos días —saluda el recién llegado.

—Buenas. Siéntese —el tono del Superior General es más bien seco—. Le he llamado porque quiero hablar con usted.

—Tú dirás.

—Buen Padre, hace casi cuatro años que soporto sobre mis espaldas la responsabilidad de Superior General. He asumido este cargo, que me confiaron mis hermanos en el Capítulo General de Saint-Remy, como un servicio a la Compañía. Procuro ejercerlo con responsabilidad y dedicación. Pues bien, durante todo este tiempo su presencia es para mí una sombra molesta que me impide trabajar con libertad...

—¿Una sombra molesta? —pregunta el anciano sorprendido—. Desde mi dimisión he procurado no interferir en el gobierno de la Compañía.

Por la cabeza del anciano pasan recuerdos poco gratos. El 7 de enero de 1841 el Consejo había pedido al Padre Chaminade su dimisión como Superior General para evitar unos problemas judiciales con un antiguo marianista, M. Perrière. El Fundador entendió que su desaparición facilitaría las cosas y dimitió, reservándose, según las Constituciones, el derecho de nombrar un sucesor. No lo entendió así el Consejo, que consideraba su dimisión sin condiciones. La situación creada provocó dolorosos enfrentamientos que sólo se solucionaron, en parte, cuando el Capítulo General nombró a Jorge Caillet segundo Superior General de la Compañía de María.

—Sí, padre, una sombra molesta. Con todo respeto, tengo que decirle que me parece que usted se ha aferrado siempre al poder y que no se aviene a vivir sin él.

—Te equivocas. Antes de la dimisión, hacía años que soñaba con dejar el cargo. Siempre he creído que la Compañía es una obra de Dios, y me he considerado el más incapacitado entre los hombres para gobernarla y llevarla a buen fin. Deseaba que Dios, mi luz y salvación, me enviara una persona en cuyas manos pudiera dejar la autoridad, y pasar a ser el último mono de la Compañía, como creo serlo delante del Señor. Si he per-

manecido tantos años al frente de la institución, es porque estaba convencido de que Dios lo exigía de mí.

—¿Qué signo esperaba para dejar el cargo? ¿Una revelación de Dios?

Hay mucho de ironía en el tono de Jorge Caillet. El anciano siente clavarse un aguijón en su carne. Le invade un profundo dolor ante tanta incomprensión. Procura que no le delate la voz cuando afirma:

—El orden de la Providencia es tan admirable como impenetrable. Esperaba que el Señor continuara bendiciendo la Compañía, multiplicando el número de miembros, purificándola de aquellos que se han hecho indignos de su vocación, y ayudándome a descubrir a mi sucesor.

—Y las cosas ocurrieron de otra forma a como las había planeado...

—Los caminos de Dios no son los nuestros —responde el anciano formulando una de sus más profundas convicciones—. Durante años procuré escrutar su voluntad. Creí que tú eras el indicado. Incluso recuerdo que habíamos hablado de esa posibilidad. Lo que no podía imaginar es que un Capítulo General ilegítimamente convocado fuera la forma elegida por Dios para señalarme al sucesor...

Es ahora Jorge Caillet el que evoca sus recuerdos. Se ve al frente de un triunvirato provisional gobernando la Compañía... Recuerda informes, intrigas, falsificaciones, calumnias, consultas, tensiones. Una guerra abierta que desembocó en la convocatoria del Capítulo General... De allí saldría refrendado por las urnas...

—Cuando el Capítulo me eligió Superior General, usted pasó a ser solamente el Fundador. No lo olvide. En cuanto tal, pedí a los hermanos, en mi primera circular, que recordaran ante el Señor lo que le debemos como padre y Fundador. Me comprometí a cuidarle en sus últimos años con una atención y ternura nacidas del cariño filial que le profeso.

—No lo tomes como reproche, pero no creo que fueras fiel a tus palabras. Prácticamente me tienes secuestrado en la Magdalena, vigilado y controlado, sin posibilidad de relacionarme con los otros marianistas...

Jorge Caillet baja la mirada. Verdaderamente su comportamiento y actitud no ha sido demasiado filial... Su tono es defensivo cuando responde preso de la ira:

—¡No podía dejarlo libre! Impugnó las elecciones, me denunció al nuncio, favoreció la insumisión... ¡Es usted un viejo cabezota incapaz de dejar paso a los demás!

—¡No soy un cabezota! ¡Soy el Fundador! ¡Puedo renunciar a todo menos a eso...! Cuando Roma ratificó tu nombramiento, me apresuré a aceptarlo como si viniera del mismo Jesucristo. Te reconocí como el Superior General de la Compañía de María nombrado por el Santo Padre. Ahora bien, eso no me impidió, ni me impedirá, seguir actuando como Fundador...

Al padre Caillet le asusta el tono enérgico y decidido empleado por el anciano. Decididamente este viejo es un hueso duro de roer... Sabiendo que la batalla está perdida de antemano, se lanza al contraataque:

—¡Lo único que pretendo es que me deje ejercer libremente mi cargo!

—No me he inmiscuido en tu terreno ni pienso hacerlo. Lo que no puedo hacer es renunciar a mis deberes como Fundador, que creo haber recibido directamente de Jesucristo y que han sido confirmados por su vicario en la tierra.

—¿Y puede saberse por qué no dimite de Fundador y nos deja en paz? —pregunta el padre Caillet, que ya ha perdido definitivamente el control.

—Mis deberes de Fundador son indimitibles —responde serenamente el anciano—. Brotan de una paternidad espiritual que no admite sucesión. Esta paternidad ha sido reconocida por la Iglesia. No ha sido una vana ilusión mía, sino un mandato

apostólico que confirma el divino. Sería un auténtico parricida si no actuase como Fundador. Debo seguir, hasta que Dios me libre de esta pesada carga, velando por los intereses de mi familia, trabajando por su bien, advirtiendo de los peligros, asegurando el espíritu de la fundación. Y todo esto de común acuerdo con la autoridad legítimamente establecida... Esto es, honradamente, lo que creo que debo hacer y lo que esperan mis hijos. El nombre de «Buen Padre» que emplean para llamarme, aunque no ignoran que soy muy severo con algunos, expresa claramente que el amor y cariño que les profeso viene de lo alto, de la paternidad espiritual de la que Dios me ha revestido...

—Creo que no nos entenderemos nunca —responde el padre Caillet rojo de ira—. Hemos terminado.

Cuando el anciano se levanta, siente un extraño amargor en los labios y le tiemblan las piernas. Hace una venia a modo de despedida y abandona el despacho en silencio.

Sólo la muerte del anciano permitirá al padre Caillet comprender a aquel cabezota. Entonces podrá escribir: «Nuestro Buen Padre Chaminade ha entregado hoy su alma a Dios. No es solamente un hermano lo que hemos perdido. Hemos perdido a un padre que nos ha engendrado a todos en Jesucristo, que ha abierto ante nosotros un camino que seguimos gozosos, que ha hecho de nosotros la familia especial y privilegiada de María. La piedad filial y el agradecimiento harán más fervientes las oraciones que nuestro amor va a elevar al Señor».

Pero habrá que esperar un tiempo... Tiene razón la Escritura: «Todo tiene su tiempo y su sazón, todas las tareas bajo el sol: hay un tiempo para amar y un tiempo para odiar, un tiempo de guerra y un tiempo de paz».

El muro de silencio

El 6 de enero de 1850 el Padre Chaminade sufrió un ataque de apoplejía que le paralizó el lado derecho y le privó del uso de la palabra, aunque conservó una plena consciencia. Al día siguiente el padre Collineau le administró la unción de enfermos y, tras una ligera mejoría, el santo viático. El martes 22, hacia las tres de la tarde, entró en agonía falleciendo una hora más tarde, rodeado por un grupo de religiosos y atendido espiritualmente por el padre Caillet.

El domingo, después de vísperas, el enfermero se acerca al cuarto del anciano para una visita rutinaria. Al abrir la puerta, se encuentra con una sorpresa inesperada: el viejo sacerdote yace en el suelo, con el pelo revuelto y un hilo de saliva brotándole de la boca. Una palidez cenicienta cubre su rostro.

El hermano, al borde de un ataque de nervios, se arrodilla y zarandea un cuerpo que respira entrecortadamente:

—¡Padre! ¡Padre...!

Su llamada no obtiene respuesta. Hay miedo en su rostro y temblor en su pulso cuando sale al pasillo gritando:

—¡Venid! ¡Venid! ¡El padre...!

Ruidos de puertas, pasos acelerados y nuevas llamadas, que resuenan como un eco inquietante, alborotan la casa.

Los miembros de la comunidad han acudido precipitada-

mente y rodean al caído con miradas preocupadas, interrogantes. Sobre todos planea un presentimiento que nadie verbaliza. Uno le toma el pulso, otro lo incorpora levemente, otro sale corriendo:

—Voy a buscar al médico.

Entre todos recogen el cuerpo yacente y lo depositan con cuidado sobre la cama. Uno le desabrocha la sotana. Otro lo cubre con una manta. Unos y otros hacen movimientos rápidos, enérgicos y perfectamente inútiles. Pasa una eternidad hasta que llega el médico.

El galeno viste austeramente. Lleva unas gafillas que velan sus ojos miopes. Manda desalojar la habitación y procede a reconocer al anciano en presencia del superior y del enfermero. Hay un silencio tenso en la estancia. Su diagnóstico es lacónico:

—Ha sido un ataque de apoplejía que le ha paralizado medio cuerpo y privado del uso de la palabra. Está plenamente consciente. La situación es grave. Procuren que descanse. No admitan visitas. Tengan en cuenta que...

Nadie entiende el resto. Entornan las contraventanas y salen de la habitación, dejando al enfermo convenientemente abrigado y solo.

¿Qué me ha pasado...? ¿Por qué tanto barullo...? Apenas recuerdo... Me cuesta hacerlo... Es como si tuviera telarañas en el cerebro... Me había levantado de la silla cuando, sin abrir la puerta, un toro negro ha entrado en la habitación... Más que ver el brillo ardiente de sus ojos he sentido en mi cuerpo la fuerza de su cuerpo... Después del encontronazo ha desaparecido, dejándome tirado en el suelo... Sin embargo, no me duele nada... Sólo noto una pesadez de plomo que me impide moverme... El brazo derecho no me responde... La pierna se funde con el lecho y no sé muy bien dónde empieza y

dónde acaba... Tengo sed... Voy a pedir un poco de agua... ¡Dios mío, si no tengo voz...!

Dos lágrimas de impotencia han aflorado a los ojos del enfermo. Entorna los párpados y espera. El tiempo se hace eterno. A la habitación llegan voces quedas que no consigue identificar. Espera. Cuando, finalmente, aparecen dos hermanos, quiere sonreírles, pero intuye que su rostro es una máscara inexpresiva.

El más joven acerca su silla y se sienta junto a su cama. Le toma de la mano izquierda. Siente su calor, su cariño, su fuerza. Se aferra a la mano amiga en un grito mudo: «No me dejes, ayúdame, me da miedo estar solo». Y más lágrimas surcan sus mejillas.

—Padre —miente el joven con voz pausada—, ha sido sólo un susto. Enseguida estará bien. Tranquilícese. Estamos aquí.

Quisiera responder. Sólo sus ojos hablan. De su garganta sólo brota un gorjeo ininteligible.

—No se esfuerce, padre. No ha pasado nada. Intente dormir.

Siente que el sueño le va invadiendo. Se resiste, pero es como intentar mover el puente de piedra sobre el Garona. Al poco tiempo descansa sereno.

«Se ha dormido» —piensa el hermano—. Suelta la mano del enfermo y la cubre con la manta. Se levanta quedamente y abandona la habitación para comunicar la noticia a los demás.

El otro hermano es una sombra callada en un rincón de la estancia. Las lágrimas han brillado a ratos en sus ojos, pero las ha contenido como ha podido. Una vez a solas con el enfermo, Carlos Demangeon da rienda suelta a su dolor y dos manantiales de agua tibia se pierden en su levita marrón.

El otro religioso se ha dirigido a la sala de comunidad. Hay un conciliábulo de medias palabras que queda cortado por su presencia.

—Se ha dormido —dice por toda explicación.

—Ya hemos avisado a las comunidades —es el superior el que habla—. La noticia se ha difundido por Burdeos como un reguero de pólvora... Estamos pensando en administrarle la santa unción. La situación es suficientemente grave...

—Podemos esperar a mañana, a ver cómo evolucionan las cosas...

—Ahora lo importante es asegurar un turno de vela. El enfermero no puede estar allí todo el día...

La reunión se disuelve una vez tomados los acuerdos más urgentes. Unos se refugian en su habitación, otros en la capilla. Cuando se encuentren para cenar, un muro de silencio los aislará profundamente.

La noche ha sido una espera larga y tensa. Los hermanos, por turno, han velado al pie de la cama. El enfermo se ha agitado, como si oscuras pesadillas ocuparan su mente, y ha emitido balbuceos ininteligibles. El vigilante se ha acercado al lecho pretendiendo leer en sus labios: un muro de silencio los separa.

Desde primeras horas han menudeado las visitas por la Magdalena: hermanos, novicios, familiares, congregantes, religiosas. Un reguero de hombres y mujeres han pasado por la portería para interesarse por la evolución del enfermo. Contadas excepciones —el arzobispo de Burdeos, Víctor Chaminade, el padre Collineau...— han podido atravesar el filtro del portero y llegar hasta la habitación del anciano.

El padre Collineau, párroco de San Luis de Burdeos, ha solicitado hablar con el superior:

—Mire, sé que la situación es grave. Creo que habría que administrarle los santos óleos. Fui de los primeros congregantes y de los primeros marianistas. Si abandoné la Compañía de María, no fue por ningún problema con la Institución, sino porque no me sentía vocacionado para la educación. He querido y quiero a Chaminade como a un padre. Desearía ser el que le administrase los últimos sacramentos de la Iglesia.

—Encantado. Estoy seguro de que al padre le gustará...

En la habitación del enfermo se han reunido la comunidad y un grupo de familiares. El padre Collineau —roquete de encajes y estola morada— preside la celebración. Acerca un crucifijo a los labios del enfermo: las miradas de los dos sufrientes se cruzan un instante. Luego, asperja la estancia con agua bendita musitando latinajos. Su voz se eleva al pronunciar la oración:

—Señor Jesucristo, introduce en esta casa, con la entrada de tu humilde ministro, la felicidad eterna, la serena alegría, el amor servicial, la salud inalterable. Que no quepan en este lugar los malos espíritus, que vengan los ángeles de la paz y abandone este hogar toda discordia divisora. Glorifica, Señor, entre nosotros tu santo nombre y bendice nuestro servicio santificando nuestra entrada en esta habitación. Tú, que eres santo y misericordioso y permaneces con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

—Amén —responde la asamblea.

Otras oraciones se suceden mientras la emoción embarga a los asistentes. Luego, antes de proceder a la absolución, el padre Collineau, con voz dolorida, se dirige al enfermo para cumplir el encargo recibido del Superior General:

—Padre, le voy a dar la absolución. Sé que no puede hablar. Presione mi mano para expresar que está arrepentido de todos sus pecados, en particular de su conducta con la Compañía. ¿Se arrepiente de cuanto ha dicho y hecho contra la Administración General?

El muro de silencio se hace más espeso. Todos los ojos están clavados en aquellas manos entrelazadas. Nadie percibe ningún movimiento en las del anciano. La tensión se hace más tensa. El padre Collineau vuelve a repetir la pregunta, cerca del oído

del anciano, con un tono más elevado. Cree percibir una ligera presión y, sin más preámbulos, inicia:

—*Confiteor Deo...*

Hay un suspiro de alivio en todos los asistentes. Tras la absolución, el sacerdote moja el pulgar en el óleo santo y va ungiendo ojos, oídos, nariz, boca, manos, pies mientras reza:

—Por esta santa unción y su benignísima misericordia te perdone el Señor todo lo que has pecado con la vista..., el oído..., el olfato..., el gusto..., las palabras..., el tacto. Amén.

¡Cómo añoro la palabra...! Un muro de silencio me separa de los míos... Me gustaría poder decirles lo mucho que los quiero... Desearía, antes de pasar de este mundo al Padre, exhortarles a vivir a fondo su hermosa vocación... Yo ya he corrido mi carrera, he guardado la fe, he llegado hasta el final y sólo espero el premio a mis trabajos y desvelos... Ahora les toca a ellos recoger el testigo... Son el hombre que no muere, destinado a prolongar en el tiempo y en el espacio la obra iniciada... ¡Ojalá sean religiosos de cuatro cuarterones, empeñados en alcanzar la conformidad con Cristo y comprometidos en multiplicar cristianos y comunidades...! ¡Ojalá sean hombres consagrados irrevocablemente al servicio de María...!

¡Me gustaría poder decirles tantas cosas...! Este muro de silencio que nos separa... Tengo que contentarme con ser para ellos un nuevo ungido, un nuevo Cristo...

Tres veces en mi vida han ungido mi cuerpo: bautismo, confirmación, sacerdocio... Cada una me ha ido configurando de una forma con Jesús, el Ungido de Dios... Esta que acabo de recibir me ha asimilado a Cristo en su dolor y su muerte...

Morir... No tengo miedo a la muerte... He confesado tantas veces: «Creo en la vida eterna»... *Morir es entrar en el descanso... Es reclinar la cabeza en las manos del Padre... Allí podré dormir en paz... Sé que él prepara para mí una mesa..., que su vara y su cayado me acompañan...*

Antonio Ramey, desde el ángulo oscuro, ha visto moverse los labios del enfermo. Se ha acercado a la cama y tomado entre sus manos las frías del anciano.

—Padre, ¿quiere alguna cosa?

Un muro de silencio ha sido la única respuesta...

Los días van transcurriendo lentamente. El reguero de personas que llegan hasta las puertas de la Magdalena es un manantial que no cesa. En muchos sitios se reza por la salud del enfermo. Una ligera mejoría ha dilatado su garganta y abierto una puerta a la esperanza. Se ha aprovechado para administrarle el santo viático: «Recibe, hermano, el viático del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que te guarde del Maligno y te conduzca a la vida eterna».

El padre Caillet quiere aprovechar la ocasión para intentar ganar su última batalla. Juega con todas las bazas a su favor: un anciano debilitado por la edad y la enfermedad, sin posibilidad de hablar, abocado a una muerte inminente... Es la última oportunidad de reconducir la historia a su favor.

Acompañado de un notario, se persona en la habitación del enfermo. Con voz templada, que disimula el veneno, plantea sucesivamente:

—Padre, ¿mantiene algún rencor o aversión contra la Compañía de María o algunos de sus miembros? ¿Está dispuesto, en caso de que Dios le devuelva la palabra, a reparar su conducta y a rehacer su testamento a favor de la Compañía de María?

El anciano ha respondido con gestos afirmativamente a las preguntas. Jorge Caillet ordena al notario.

—Levante acta notarial: el Padre Chaminade no guarda ningún rencor contra la Compañía y está dispuesto a testar en su favor.

—Lo siento, padre. No puedo testificar por simples señas. Hacen falta palabras, y me temo que eso no va a ser posible.

Jorge Caillet no puede reprimir un gesto de contrariedad. No contaba con las estrictas exigencias de la justicia. Se limita a añadir:

—Vámonos. Aquí no tenemos ya nada que hacer.

Cuando el anciano se ha quedado solo, las lágrimas corren por sus mejillas:

> *No puedo comprenderlo... Realmente un muro de incomprensión y de silencio me separa de este hombre... No es capaz de comprender mi postura... Parece que lo único que le preocupa es mi dinero... No sabe que lo mío nunca fue mío, sino de los pobres... Haciendo testamento en su favor, lo único que hago es devolverles lo que les pertenece... Nunca podría hacer un testamento a favor de los marianistas... La Compañía de María que he fundado debe ser pobre para poder decir una palabra eficaz a los pobres.*

La dolorosa entrevista, en la que se ha sentido solo, incomprendido, manipulado, ha agravado la situación del enfermo. El martes 22, sobre las tres de la tarde, ha entrado en agonía.

Hermanos y familiares, con ojos enrojecidos, rodean al anciano acompañándolo en la lucha final. Alguien inicia la recomendación del alma:

—Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad... Recibe, Señor, a tu siervo en el lugar que debe experimentar tu misericordia... Libra, Señor, a tu siervo como libraste a...

Cuando, entre sollozos ahogados, alguien le acerca un crucifijo, el agonizante lo besa con ternura. Luego dirige una mirada a los que le rodean y entrega su espíritu. Era como la hora de nona.

Y en aquella hora las campanas de la Magdalena tocaron solas a gloria...

APÉNDICE: CUADRO CRONOLÓGICO

	GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE	*HISTORIA DE LA IGLESIA*	*HISTORIA DE FRANCIA*	*HISTORIA DE ESPAÑA*
1761	Nacimiento: El 8 de abril, en Périgueux; hijo de Blas (vidriero de profesión, luego comerciante en tejidos) y de Catalina Beton, hija de un calvinista que había adjurado. Era el catorce de los quince hijos que tuvo el matrimonio.	... Al nacer el P. Chaminade era papa Clemente XIII (1758-1769)..., defensor de los gobiernos europeos.	Francia pierde Pondichery, que es conquistada por los ingleses, el último punto de apoyo francés en la India.	Tercer Pacto de Familia en Francia. España interviene en la guerra de los Siete Años.
1785	Ordenación: Se ordenó sacerdote probablemente en 1785.	En 1769 Clemente XIV (1769-1774) (era franciscano conventual) es elegido papa en un cónclave que duró tres meses. Suprime la Compañía de Jesús presionado por España, Francia y Portugal. Los jesuitas son acogidos por Rusia.	Pérdida del prestigio de la corona francesa por el «asunto del collar» de la reina María Antonieta.	Carlos III publica un decreto en el que se fijan los colores de la bandera española.
1790	Muere su hermano Juan Bautista. Busca un posible refugio en Burdeos, ante el cariz de la política de Francia, en la rue Abadie, que fue su domicilio legal durante la Revolución. Revolución: La Asamblea Constituyente exige el juramento de fidelidad al clero.	En 1775 es elegido papa Pío VI. En 1785 sigue una época ya iniciada en pontificados anteriores de duras pruebas para la Iglesia.	Constitución civil del clero. Luis XVI jura la Constitución. La Fiesta de la Federación: conmemoración del 14 de julio. Tercera dimisión del ministro Necker.	
1793	El Terror: Apostolado heroico en Burdeos.	El Papa condena la Constitución Civil del Clero.	Luis XVI muere guillotinado. Promulgación de la Constitución del año I de la República. Asesinato de Marat. El Terror. Ejecución de María Antonieta. Robespierre establece el culto a la diosa Razón; se instaura el calendario republicano.	España declara la guerra a la República francesa. Victorias del general Ricardos en el Rosellón. Godoy es nombrado primer ministro.
1794	Fin del Terror: Apertura del oratorio en la calle Santa Eulalia. Empieza la reconciliación de los sacerdotes juramentados, en la que se distinguió. Empieza también su apostolado con los jóvenes.		Ejecución de Danton y de Robespierre. Comienzo de la «reacción termidoriana».	Cataluña, Guipúzcoa y Navarra son invadidas por los ejércitos republicanos franceses.
1797	Destierro: Se recrudece la persecución: expulsión de los sacerdotes «emigrados». Como el P. Chaminade estaba en la lista de los mismos, no pudo demostrar lo contrario y tuvo que salir de Francia. En Bayona encuentra a su hermano Luis, que regresaba a su país. Llega a Zaragoza el 11 de octubre de 1797.	El Papa es prisionero de los franceses, que se lo llevan a Valence, donde muere el 28 de agosto de 1799.	Napoleón derrota a Austria en Rívoli e invade los Estados Pontificios. Tratado de Campo-Formio entre Francia y Austria. Golpe de Estado de 18 del fructidor del año V de la República.	Derrota de la escuadra española por los ingleses frente al cabo San Vicente.

	GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE	*HISTORIA DE LA IGLESIA*	*HISTORIA DE FRANCIA*	*HISTORIA DE ESPAÑA*
1800	Regreso: Logra ser borrado de la lista de emigrados. Regresa a Burdeos y abre un oratorio en la calle St.-Simeon. Es nombrado Administrador apostólico de la diócesis de Bazas, que regenta hasta la reorganización de las diócesis tras el Concordato (1800-1802). Primera edición del *Servidor de María*. Era benedictino.	Pío VII (1800-1823) es elegido papa, según lo dispuso el pontífice anterior.	Napoleón derrota a los austriacos en Marengo tras cruzar el Gran San Bernardo.	España firma el segundo Tratado de San Ildefonso con Francia. Los ingleses atacan El Ferrol.
1801	Congregación: El 2 de febrero los doce primeros congregantes se consagran a María. Ya desde el 8 de diciembre anterior estaban preparándose. La Misericordia: Fundador (con Mlle. de Lamourous) y primer Superior de la Misericordia (enero). Misionero apostólico, como premio a sus trabajos, el 28 de marzo de 1801.		Se firma la paz de Luneville, por la que Austria reconoce las conquistas de Francia. Napoleón firma un Concordato con Pío VII.	España firma con Francia la paz de Luneville, por la que cedió Luisiana a Francia y se creó el reino de Etruria para el príncipe de Parma.
1802			Publicación de la Constitución [illegible]. Napoleón es nombrado por un plebiscito cónsul vitalicio. Creación de la Orden de la Legión de Honor.	El príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, se casa con M. Antonia.
1803	Canónigo honorario de la catedral de Burdeos (27 de junio).		Preparativos de Napoleón en Boulogne para invadir Gran Bretaña. Los franceses ocupan el principado del elector de Hannover, ligado a Inglaterra.	Muere el ministro de Carlos III, Campomanes.
1806	Escuelas Cristianas: Es nombrado Superior eclesiástico de los Hermanos de las Escuelas Cristianas que volvían a Francia, a los que cede San Lorenzo para establecer provisionalmente el primer noviciado regular en Francia después de la Revolución.	Se decide por el bien de la Iglesia a coronar a Napoleón (1804). Napoleón se apodera de los Estados Pontificios y lleva prisionero al Papa a Fontainebleau, sin llegar a doblegarle. Es excomulgado.	Victoria de Napoleón contra los prusianos en Jena.	
1809	Supresión: Uno de los congregantes se ve comprometido en asuntos contra el Gobierno. Napoleón disuelve las congregaciones. Ante un nuevo complot, el P. Chaminade es detenido y encarcelado.		Victoria de Napoleón contra los austriacos en Wagram. Excomunión de Napoleón por Pío VII.	Inglaterra se une a España para luchar contra Napoleón. Rendición de Zaragoza tras el segundo sitio y tercer sitio de Gerona. Napoleón abandona España ante la amenaza de Austria.

	GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE	*HISTORIA DE LA IGLESIA*	*HISTORIA DE FRANCIA*	*HISTORIA DE ESPAÑA*
1816	Probablemente este año se estableció, dentro de la Congregación, el Estado. El 25 de mayo se reúnen en Agen las primeras muchachas con Adela Trenquelléon para organizar su vida religiosa, bajo la dirección de Teresa de Lamourous, superiora de la Misericordia de Burdeos.	Restablece la Compañía de Jesús. (1814).	Ministerio del duque de Richelieu en el segundo reinado de Luis XVIII de Francia. El año anterior Napoleón fue derrotado en Waterloo.	Fernando VII se casa con Isabel de Braganza.
1817	La Compañía de María: Juan Bautista Lalanne se pone en sus manos para dedicarse a las obras a las que él quisiera se entregase. Era el 1 de mayo. A Lalanne se unen otros seis congregantes, que el 12 de octubre se deciden a fundar una congregación religiosa —el 13 de noviembre se escribe el primer reglamento—. El 25 de noviembre se instalan en la calle Ségur; el 11 de diciembre pronuncian sus votos privados en la Magdalena.		Francia padece una grave crisis agrícola.	España se adhiere a la Santa Alianza. Levantamiento liberal en Cataluña (Lacy). Tratado con Inglaterra por el que los ingleses pudieron comerciar con colonias americanas.
1819	Ante las circunstancias, se encarga del colegio que en la calle Mr. Estebenet..., colegio que se trasladó a la rue du Mirail en 1825 (tenían ciento veinte alumnos y era de segunda enseñanza).		Elecciones de otoño. Los votos obtenidos por los [illegible] sición a Luis XVIII) obligaron a Decazes, favorito del rey, a cambiar de orientación.	Muerte de Carlos IV y de M.ª Luisa en Roma. [illegible] los EE UU. Levantamiento liberal en Valencia (Vidal).
1823	St.-Remy: Compra de la propiedad de St.-Remy, lejos de Burdeos (doscientas leguas).	León XII, papa (1823-1829).	El Gobierno Villèle se lanza a una política de restauración del absolutismo en Francia.	Intervención de la Santa Alianza en España: Angulema y los Cien Mil Hijos de San Luis. Fernando VII, rey absoluto. Ejecución de Riego.
1825	Reconocimiento civil: El 16 de noviembre condece el Gobierno el Estado Civil. En consecuencia el P. Chaminade organiza su Consejo: Superior General, Celo (Collineau), Instrucción (Lalanne), Trabajo (Auguste).		Se inicia una etapa de renacimiento económico en Francia tras la estabilidad financiera conseguida por Carlos X.	El Empecinado (J. Martín Díaz) es condenado a muerte por Fernando VII. Es nombrado primer ministro Cea Bermúdez.
1839	*Decretum Laudis:* El P. Chaminade envía a Roma las Constituciones y pide la aprobación de la Compañía. Gregorio XVI concede el Decreto Laudatorio, por el que la Compañía es admitida en la Iglesia como Congregación de Derecho Pontificio. Era el 12 de abril. El 24 de agosto de 1839, la Carta a los Predicadores de Retiros (Carta Magna de la SM).	Gregorio XVI, camaldulense, es elegido papa (1830-1846) tras mes y medio de cónclave.	Derrocamiento del Gabinete Molé.	Convenio de Vergara entre Espartero y Maroto, que pone fin a la primera guerra carlista en el Norte.

	GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE	*HISTORIA DE LA IGLESIA*	*HISTORIA DE FRANCIA*	*HISTORIA DE ESPAÑA*
1841	Dimisión: Para dejar libres a los Asistentes con el fin de poder pleitear en el asunto de Mr. Auguste, el P. Chaminade presenta una dimisión «condicionada».	... Concede a la Compañía de María el *Decretum Laudis*. Fue su secretario de Estado el cardenal Lambruschini, que había sido Nuncio en París y que manifestó simpatía por el P. Chaminade y su obra.		El general Espartero es nombrado Regente del reino de España.
1850	Ataque de apoplejía el 6 de enero. Fallece el 22 de enero.	Era papa Pío IX (1846-1878). Conciliador y pacífico, no pudo con la Revolución. Aprobó en 1868 la Compañía de María.	Ley Falloux en Francia sobre la enseñanza, que abría un camino a la Iglesia para que participara en la enseñanza primaria y secundaria. Ley Electoral y de Prensa en Francia.	Expedición hispanofrancesa a Conchinchina para castigar las crueldades cometidas contra los misioneros.